

LA POLÉMICA DE MENÉNDEZ Y PELAYO CON GROUSSAC

SOBRE EL "QUIJOTE" DE AVELLANEDA

Como la palabra polémica, cuya raíz griega es "polemos", vale decir "guerra", continúa respondiendo a su etimología, resulta difícil emplearla a propósito de una controversia célebre sin que los símiles combativos se impongan a la imaginación.

Permítasenos decir, por lo tanto, que al igual de lo ocurrido en tantos otros duelos históricos, de la polémica sostenida por Groussac con Menéndez y Pelayo se conoce mejor el resultado que las incidencias del combate, que es ella más mencionada que puntualmente conocida. Tal como ocurre con las peleas pugilísticas de resonancia, en las cuales el número de los enterados de la definición de la lucha supera en mucho al de los que realmente la presencian.

Este ensayo obedece a la convicción de que esa controversia merece una atención distinta de la que le suele acordar un criterio poco menos que deportivo. Por encima de la materialidad del resultado, de aquel argumento imprevisto y documental con el que Menéndez y Pelayo señoreó sobre el campo de batalla, por encima de todo ello, hay en esa polémica modalidades de temperamento personal, orientaciones de crítica, vicisitudes de esgrima y hasta apasionamientos nacionales que superan en interés psicológico y literario a la definición misma del duelo.

Y, quizás, surja también del estudio que intentamos una cuestión estimativa de perenne actualidad en tierras latinas: la de la eficacia, la de la validez de las polémicas como pro-

cedimiento demostrativo y recurso de fuerza para el afianzamiento de la verdad.

*

* *

La provocación partió de Groussac.

Había por entonces y subsiste hasta nuestros días, la cuestión referente a la personalidad real de Avellaneda, como está todavía pendiente en Francia la identificación del "máscara de hierro", pese a los esfuerzos de una legión de eruditos. ⁽¹⁾

Tales asuntos suelen tener sus especialistas, lo mismo que las charadas.

Existe una edad climatérica durante la cual ciertos funcionarios anglosajones retirados de sus tareas comienzan a pensar seriamente que Shakespeare no ha podido escribir las obras de las cuales es autor.

¿No hemos visto a un escritor de la talla literaria de Pierre Louys sostener, en los últimos años de su vida, la tesis de que Corneille creó a escondidas las obras atribuidas a Molière?

Los funcionarios policiales conocen de sobra la multitud de colaboradores espontáneos que les procura cualquier asunto sensacional en trance de aclaración.

En la literatura española hay un proceso iniciado siglos atrás a un sujeto de ardua identificación, el bien o mal llamado licenciado Alonso Fernández de Avellaneda.

Poco sábase de él, y ese poco empañado por la indignación con que lo expresara Cervantes en escasos pasajes de la segunda parte del "Quijote".

¿Conocía con certeza Cervantes la personalidad de su agresor? ¿Entendemos siquiera correctamente lo que del tal Avellaneda manifiesta su glorioso adversario?

Un ilustrado profesor de la Facultad de Humanidades, Don Juan Millé y Giménez, ha puntualizado como al interpretar uno de los pocos datos allegados por Cervantes para reconocer al supuesto licenciado, se cometía el error de entender por los "artículos", en cuya omisión incurría Avellaneda, lo

(1) Véase el libro de DUVIVIER, *Le Masque de fer*, 1932.

que por tal parte de la oración comprendemos hoy, y no lo que entonces significaba (adverbios, interjecciones, preposiciones y conjunciones), según la terminología de Villalón, en su "Gramática castellana" de 1558.

Así, pues, y sobre uno de los contadísimos elementos de que se disponía para identificar al autor del "Quijote" apócrifo, todos los zahories aplicados a la tarea, desde los simples aficionados hasta los más ilustres, descuidaron la labor elemental de atribuir a ese dato el sentido histórico que le correspondía.

Lo cual podría explicar las cóleras y menosprecios con que Groussac echa su cuarto a espadas, de no haber incurrido él en idéntico error, amén de otros de mayor cuantía.

La intervención de Groussac, y lo que hubo en ella de desatemplado y despectivo, se explican por su carácter personal, por su iracundia habitual de polemista nato.

*

* *
* *

Las modalidades de ese temperamento se manifiestan libremente en una polémica que guarda estrecha relación con el libro sobre "Le Don Quichotte d'Avellaneda".

Es la que sostiene con D. Norberto Piñero, a propósito de la edición que hiciera este último de los "Escritos de Mariano Moreno".

Consta la controversia de dos artículos ⁽¹⁾ de los cuales el primero basta holgadamente para establecer los objetivos de crítica literaria e histórica que pudieran impulsar la pluma de Groussac. ⁽²⁾

Luego, en respuestas a un folleto de D. Norberto Piñero ⁽³⁾, como "una variante complementaria" del primer artículo

(1) "La Biblioteca", N^o 1, vol. I; ibídem, vol. VII.

(2) "Para ahorrar repeticiones nos referiremos a dicho artículo (el 1^o), que subsiste entero después del folleto del señor Piñero. El presente es una variante complementaria de aquél, y, hasta cierto punto, una réplica de cortesía". "La Biblioteca", vol. VII, pág. 268.

(3) *Los escritos de Mariano Moreno y la crítica del señor Groussac* ed. Lajouane.

lo, y "hasta cierto punto, una réplica de cortesía" (1), desencadenó el Sr. Groussac uno de los escritos combativos más impetuosos y característicos de toda su carrera.

El propio autor, insistimos en ello, reconoce que el primer artículo "subsiste entero después del folleto del Señor Piñero y es su mejor respuesta".

Ni la verdad histórica ni la técnica de las ediciones literarias exigían el "segundo artículo" del señor Groussac.

Surgió en cambio, espontáneo y jocundo, del espíritu combativo del escritor.

Leer ese segundo artículo es una fiesta para los aficionados a los deportes violentos, a base de la palabra escrita.

¡Qué muñeca de floretista, de vapuleador y de matamoros! Y, al mismo tiempo, ¡qué confianza jactanciosa en las propias fuerzas, qué befa implacable del adversario!

Cómo se ve que el brillante publicista francés hizo sus primeras armas entre nosotros oponiendo al facón de nuestros polemistas instintivos quites y estocadas aprendidos en las buenas salas de armas del ingenio parisiense.

En efecto, en la prensa opositora, en los cafés subversivos de fines del Segundo Imperio se podría rastrear mucho del camino recorrido por el Groussac que llega al Río de la Plata en vísperas del derrumbe de aquel régimen político.

Y el ambiente de lucha que halla entre nosotros, batallar de partidos, controversia, a menudo soez, de pasquines, no podía menos que dar libre carrera al dogo importado.

¿Para qué recordar todas las polémicas en que aguza sus colmillos?

El segundo artículo sobre los "Escritos de Mariano Moreno" podría resumirlas.

Escarnece al adversario, poco menos que desde el comienzo: "Sentiríamos que la circunstancia de haber puesto en venta el alegato del doctor Piñero fuera un obstáculo serio para su difusión, y que este sazonado fruto de un año y medio de vagar diplomático se limitase a causar "impresión" en la casa de Coni (2)"; "además, la posición actual de nuestro dis-

(1) Pasaje transcrito en la nota N° 2.

(2) "La Biblioteca", vol. VII, pág. 268.

tinguido "plastron" nos impone el deber de no acribillarle sino en los límites de la reserva diplomática (1) "... Su mutismo era el silencio que presagia la tempestad... Luego se marchó a Chile, a hacer del diplomático (2) "...

Aunque fuese en contestación a dicitrios análogos, y difícilmente lo serían, un publicista inequívocamente triunfante en su primer encuentro, ¿necesitaba encarnizarse con el adversario desmedrado por la definición de la lucha anterior? Y, si esto fuera concebible en un combatiente juvenil y primerizo que siente la curiosidad de probar sus fuerzas, ¿lo es en un atleta ya quincuagenario, salido gloriosamente de tantos combates anteriores?

Para quien se arrogaba y ejercía de hecho una dictadura intelectual, ¿era esa actitud destemplada y desalentadora, la única posible, la realmente adecuada a las fuerzas desarrolladas y a la situación adquirida en el país del que recibía hospitalidad?

No es, por cierto a Groussac a quien era menester advertirle del sentido ajeno a la esgrima y a toda consideración por el adversario en que acaba de emplear la palabra "plastron" (3). Hubiérase preferido, en cambio, que el buen gusto habitual en el polemista esquivara el ramplón juego de palabras basado en el equívoco del término "impresión", gracias al carácter editorial de la "casa Coni".

Todo ello pesadamente acentuado por chistes de igual calibre respecto "al parto diecisietemesino (4)", de que era fruto el folleto al cual se replicaba.

Pero, aunque todo esto pudiera explicarse, ¿cómo justificar la arremetida, en varias páginas (5) contra abogacía y abogados; la aseveración de que "En Buenos Aires ahora, como antes en Chile, la misma ley de la mediocridad triunfante

(1) "La Biblioteca", vol. VII, pág. 269.

(2) Idem., pág. 269.

(3) Véase el Littré uno de los léxicos más usados por Groussac: "fig et familier, Homme qui est en butte aux attaques eu aux railleries des autres".

(4) "La Biblioteca" vol. VII, pág. 270.

(5) Idem, págs. 271 a 275, 286 a 287.

designa visiblemente al "right man" que debe recoger otra herencia en el descabalado gabinete (1)?"

Y cuando el "crescendo" incontenible de esta furia combativa envuelve en su torbellino el alegato posible del adversario circunstancial, "el abogado a quien el país tiene confiado su pleito más solemne (2)", al amigo oficioso de aquél que terea en la contienda y hasta cierta dependencia universitaria recién nacida (3), resulta arduo no pensar en ciertos guapos lugareños que comienzan por disputar con el vecino que les depara el mostrador de la pulpería, arremeten luego con pulpero y demás parroquianos, se desacatan con la partida, increpan a jueces y comisarios y terminan por desafiar al universo.

Y, ¿qué decir de esa descalificación anticipada del "abogado a quien el país tiene confiado su pleito más solemne", y de cuanto pueda aducir para defenderlo (4)?

No es menester pensar en dictaduras presentes o pretéritas para imaginar una sanción a tales extralimitaciones, y ningún gobierno podía tolerarlas de parte de un funcionario público.

Desde tal punto de vista, la nota del ministro Beláustegui en la que se apercibe al director de "La Biblioteca", es inobjetable y hasta mesurada, aunque pueda lamentarse el alcance que Groussac le da al suprimir la publicación (5).

(1) "La Biblioteca", vol. VII, pág. 269.

(2) Idem, pág. 268.

(3) Idem, págs. 317 a 318.

(4) "El señor Piñero es abogado" "La táctica del abogado "in se" — exageremos un poco para ser breves — se reduce a esgrimir en cada caso particular, los argumentos especiosos y delusivos que puedan apuntalar la causa (idem, vol. VII, pág. 271)"... "Siendo el señor Piñero el abogado estrecho que hemos definido, dicho se está que no puede dar a luz sino productos de su oficio. . . Ostenta los accidentes más vulgares del género: cortedad de vista complicada de estrabismo forense, abuso de argumentación "pro domo sua", recurso servil y capcioso a las autoridades (pág. 274)" "Ahora que le toca principiar el estudio de la cuestión de límites ; medite, compulse, recapacite — y allá por el año diez del siglo venidero, cuando — ¡a Dios gracias! — esté resuelto prácticamente el malhadado y encumbrado pleito, podrá ofrecer a su patria un buen trabajo crítico sobre el protocolo del 95 (págs. 270 y 271)".

(5) "La Biblioteca", vol. VIII, págs. 244 a 248.

Rara es la polémica de Groussac en que “no se le va la mano” y en la cual, él, tan hecho a las salas de armas parisienses, no combina las elegancias allí aprendidas con el ímpetu de aquellos controversistas nuestros que declaraban “preferir la macana cochabambina al estilete florentino”.

Pero ninguna controversia muestra tan en descubierto como ésta, la intemperancia agresiva del publicista, ni ha preparado más directamente el terreno en que debía encontrarse con Menéndez y Pelayo, a propósito del “Quijote” de Avellaneda.

Cuando se recorre la meritoria “Contribución a la bibliografía de Paul Groussac”, publicada por D. Juan Canter, sorprende la escasa atención prestada por aquel escritor francés a la literatura española, hasta su polémica con el doctor Norberto Piñero (1)

En cambio, a partir de ese instante y hasta la réplica anodadora de Menéndez y Pelayo, en apenas un lustro de actividad, los estudios de Groussac sobre España superan holgadamente a los publicados en los primeros veintisiete años de su carrera literaria. (2)

¿Qué pudo motivar esta nueva orientación? No sería, por cierto, el amor hacia la lengua castellana, respecto de la cual Groussac ha expresado en forma reiterada su desvío (3). Me-

(1) Se puede contar con los dedos de una sola mano a las menciones de temas hispánicos, en esa bibliografía imparcial que hasta el momento aludido contiene 884 números. Serían, en la sección C de la obra mencionada, los números 1, 64 y 68; y, no ya sobre literatura española, pero sí sobre temas hispánicos el número 132, sobre el actor Calvo, y el 666, sobre el político Ruiz Zorrilla. No había, pues, exageración alguna en nuestro cómputo restrictivo.

(2) Basta un semestre de ese año limite para contrabalancear las publicaciones hechas por Groussac, en los veintisiete años precedentes, sobre temas hispánicos: 3 de mayo de 1898, *España y los Estados Unidos*; 8 de agosto de 1898, *Cosas de España*; 8 y 22 de octubre de 1898, dos artículos sobre *Le drame espagnol*.

(3) Pour moi après un exercice prolongé de la lourde épée à deux mains espagnole, je sens que j'ai perdu le fin doigté de l'escriime française. *Del Plata al Niágara*, pág. 452; Je me sens si joyeux de ne plus emboucher ce trombone castillan... “Le Courrier de la Plata”, 19 de Junio de 1917 (Nº 977 de la *Contribución a la Bibliografía de Paul Groussac*, por JUAN CANTER).

nos aún, si cabe, un alto aprecio por la cultura hispánica, de no haber sentido otro que el manifestado en su libro "Une énigme littéraire, le "Don Quichotte d'Avellaneda". (1)

Ese golpe de timón tan resuelto obedece probablemente a los sinsabores administrativos que le acaba de valer su polémica sobre "Los escritos de Mariano Moreno", por la intervención jerárquica que le pone fin. (2)

La literatura española no presenta, evidentemente, tales inconvenientes, puesto que el bibliotecario Sr. Paul Groussac no depende del ministro de Instrucción Pública de la península. Hacia esa literatura y los hombres que la representan se va a extender la cólera de que habla el escritor galoargentino en su "Sonnet d'Alceste":

Vers l'immense dégoût pourtant l'âme dévie
Sur ce monde rongé de sottise et d'envie
Le flot de mon mépris déferle tout entier.

Esa predisposición desdeñosa basta, quizás, para explicar el tono despectivo con el cual Groussac inicia la polémica.

No era ésta, sin embargo, la opinión del principal agredido. Menéndez y Pelayo atribuye el encono y la desconsideración con que le trata Groussac, a dos inspiraciones principales: "la musa de la "hispanofobia", tan grata a los criollos entre quienes el señor Groussac vive (3)", y el resentimiento causado al autor de "Une énigme littéraire" por "el ligero descuido de no contestarle a una carta o de no acusar a tiempo el recibo

(1) Véanse págs. 30, 31, 190 y 191.

(2) Hay, en cierto modo, hasta un reconocimiento de tal situación por parte de Groussac, en la primer página de "Une Enigme Littéraire": "Pris, en effet, par d'autres choses de mon métier, plutôt américain, j'avais un peu perdu de vue celles d'Espagne". Ya hemos visto a partir de que momento vuelve a interesarse "par les choses d'Espagne".

(3) Introducción al *Ingenioso Hidalgo Don Quixote de la Mancha compuesto por el licenciado Alonso Fernández de Avellaneda*, editado por Toledano López, Barcelona, MCMV., pág. XLVIII. (Estos estudios de Menéndez y Pelayo sobre Avellaneda y la hipótesis de Groussac también figuran en *Estudios de Crítica Literaria*, vol. IV, págs. 65 a 178). En cuanto a la "hispanofobia" tan grata a los criollos, según Menéndez y Pelayo, véase *Páginas Libres*, del escritor peruano GONZÁLEZ PRADA, págs. 23 a 25 o 47 a 48.

de algún libro. ¡Qué triste vanidad es la literatura entendida de este modo! (1)''.

Tanto Groussac como Menéndez y Pelayo aluden a la actitud simpatizante con España, asumida por el primero cuando la guerra con los Estados Unidos norteamericanos, a fines del siglo pasado. Groussac, para sostener la tesis en él frecuente de que aquella defensa de España y la nueva diatriba de la cultura española respondían al mismo sentimiento y ejercitaban igual derecho (2). Menéndez y Pelayo, para recordar que "el discurso que pronunció en 2 de mayo de 1898 en una función celebrada "bajo el patrocinio del Club Español de Buenos Aires"... tiene trozos elocuentísimos, nos indemniza hasta cierto punto de las atrocidades que luego ha escrito y seguirá escribiendo el Sr. Groussac, pero ¿quién ha de hacer caudal de las simpatías ni de los odios de quien así procede (3)?"

Al explicar, tal como se lo ha hecho hasta ahora, la posición adoptada por Groussac en la guerra de Cuba, se desestiman móviles probables de importancia. Sería el primero, la identificación que se opera, en el espíritu de Groussac, entre aquella España que no puede salir triunfante de un conflicto con Norte América, y la Francia del 70 vencida por Alemania.

Los siguientes párrafos bastan para corroborar esta hipótesis: . . . "Me inclino ante la grandeza de vuestra nación en su apogeo y en su decadencia; *protesto con todas las fuerzas de mi alma latina* contra las teorías excesivas que asemejan en absoluto el organismo veinte veces secular de una nación al fugitivo del individuo; y encuentro más visos de verdad en otra imagen consoladora: me aparecen las naciones semejantes a esos árboles sagrados de la India, que dejan descender de sus ramas abiertas las raíces aéreas destinadas a reemplazar al tronco primitivo, que así solo muere para resucitar multiplicado. Pasan las generaciones humanas, las naciones se suceden

(1) Introducción, p. XLVI, n., al "Quijote" de Avellaneda, 1905. El pulcro estilista y filial espíritu de Menéndez y Pelayo, que es Jorge Max Rohde, cita en su bello libro *Casas Ilustres*, pág. 202. parte de una de esas cartas no contestadas por D. Marcelino.

(2) *Une Enigme Littéraire*, pág. 190.

(3) Introducción al *Ingenioso Hidalgo Don Quixote de la Mancha*, compuesto por el licenciado Alonso Fernández de Avellaneda, pág. L.

en el imperio y predominio pero no mueren para siempre sino los pueblos que han sido infecundos... *No he aguardado que estallara este conflicto armado, para expresar la mezcla de repugnancia y terror que me inspira el novísimo molde social en que se pretende refundir los peores elementos del antiguo*" (1) . . .

Y aún más clara que la identificación momentánea que de Francia y España se opera en el espíritu de Groussac, es la equivalencia entre Alemania y los Estados Unidos que se produce en el mismo cerebro.

Razones históricas bastaban para prepararla.

Durante la guerra de 1870, tan inolvidable para Groussac aunque sólo la siguiera desde el destierro la posición de los Estados Unidos norteamericanos fué francamente germanófila, consecuencia en gran parte de la oposición entre Francia y Norte América respecto a Méjico y de la aventura imperialista del archiduque austriaco Maximiliano, respaldada por aquella potencia europea.

Véanse, a título de simple ejemplo, los párrafos que prosiguen: "Pero desde la guerra de Secesión, y la brutal invasión del Oeste, se ha desprendido libremente el espíritu "yankee" del cuerpo informe y "calibanesco" y el viejo mundo ha contemplado con inquietud y terror la novísima civilización que venía a suplantarse a la antigua. *Esta civilización, embrionaria e incompleta en su deformidad, quiere substituir la razón con la fuerza, la aspiración generosa con la satisfacción egoísta, la calidad con la cantidad . . . ; confunde el progreso histórico con el desarrollo material . . . No tiene alma: mejor dicho, sólo posee esa "alma" apetitiva que en el sistema de Platón es fuente de las pasiones groseras y de los instintos físicos*". (1)

Consideramos de estricta justicia el tener en cuenta estos paralelismos indudables para estimar en sus justos límites la actitud del autor de "Une Enigme Littéraire", "à l'heure sombre où (il) épouse publiquement, devant l'Amérique victorieuse, la cause des vaincus" (2). Porque, en efecto, entre

(1) "La Biblioteca", vol. VIII, pág. 235 y 237.

(2) *Une Enigme Littéraire*, pág. 190.

esos "vencidos", puestos instintivamente en plural por el escritor aunque España careciera de aliados, corresponde incluir espiritualmente a Francia, a la Francia de 1870.

En aquel momento Groussac protesta contra la ley de Breno, expresamente mencionada en su discurso y sufrida por el país natal veintisiete años antes. ⁽¹⁾

¿No obedecería también Groussac a otros impulsos nacionalistas, al iniciar su polémica, aunque fueran aquéllos oscuros y secundarios?

En artículo titulado "Français et Argentins" y publicado en "Le Courrier de La Plata" el 20 de febrero de 1884, Groussac da a la Argentina como definitivamente conquistada por la influencia francesa: "Sans doute, la France a conquis les argentins, avant et après l'Indépendance par son histoire et ses idées. . . La France, on peut le dire a si bien pénétré la substance argentine, que le caractère national s'en est trouvé modifié jusque dans ses couches profondes. Aucune mode, aucun engouement passager n'y fera rien. *On aura beau prôner toute autre influence, saxonne ou latine, elle ne prévaudra pas. Les bibliothèques, les habitudes et les qualités d'esprit sont françaises, et elles le resteront*". ⁽²⁾

Otras veces, el mismo Groussac se complace en estudiar a los actores Calvo y Vico, como representativos del teatro español, y en puntualizar que el segundo de ellos "es un imitador del teatro francés", dentro del cuál jamás habría sido otra cosa que una medianía. ⁽³⁾

¿No habrá deseado, el polemista instintivo que había en Groussac, establecer, mediante un duelo singular entre él y Menéndez y Pelayo, la superioridad de la cultura francesa sobre la Española y afianzar así el prevailecimiento de la primera en estas tierras del Río de la Plata?

(1) "La Biblioteca", vol. VIII, pág. 238.

(2) Artículo citado por JUAN CANTER, *Contribución a la Bibliografía de Paul Groussac*, pág. 70.

(3) CANTER, *Obra citada*, N° 132. Sería fácil hallar en críticos franceses, más versados en cuestiones de teatro que el propio Groussac, opiniones totalmente opuestas sobre esos mismos actores. Véase, por ejemplo, en Lyonnet, *Le Théâtre en Espagne*, ps. 83 y 195, lo que se dice de Mario y Romea

¿Cómo explicar de otro modo los vejámenes a Menéndez y Pelayo y, sobre todo, el parangón frecuente entre ambas culturas? ⁽¹⁾

Por grandes que fuesen las ingenuidades y los desaciertos de los Cervantistas y Avellanadófbos, ¿merecían que se les confundiera con la cultura nacional entera y se les escarneciese con tanta saña?

¿Qué precepto de técnica erudita puede justificar párrafos como el siguiente: "Et si nous démontrons comme sûrement nous allons le faire, que de toutes les chimères imaginées en deux siècles par ces caboches à grelot, celle-ci est la plus absurde et la plus saugrenue on comprendra, par cet unique exemple, quelle ridicule lardoire peut devenir, en de certains mains, l'instrument critique, l'outil délicat et puissant avec lequel un Renan et un Taine ont pénétré l'âme des races à travers l'oeuvre d'art, et mis à nu les principes actifs de toute civilisation?" ⁽²⁾

Y esta contraposición entre ambas culturas nacionales, la francesa y la española, entre "el instrumento de precisión empleado por Taine y Renan y el grotesco asador de cocina" de los eruditos españoles, se agrava o por lo menos acentúa por el idioma francés en el cual aparece el libro, único, si mal no recordamos, editado por Groussac en su país de origen. ⁽³⁾

(1) La situation la plus fâcheuse en cette affaire est celle de M. Menéndez y Pelayo, qui trop sûr de son public s'abandonne tous les jours un peu plus à l'improvisation, même en des matières qui ne l'admettent pas. Et puis, quand on a comme lui fondé sa renommée sur des titres qui n'ont pas été discutés, il est peut-être imprudent de s'attaquer à un problème concret, dans la solution duquel les succès passés ni les attraits d'un style élégant et disert ne compte et guère, et où l'on s'expose à donner sa mesure *Une Enigme Littéraire*, pág. 150. El mismo Foulché-Delbosc, director, sin embargo de la "Revue Hispanique", escribe: "M. Paul Groussac met quelque coquetterie à se dire "Français déraciné"; on ne s'en douterait guère a voir l'enjouement avec lequel il assène de formidables coups de massue sur la tête des infortunés cervantistes". "Revue Hispanique". 1903, p. 301. La calidad de "francés" aparece enojosamente vinculada a los "mazazos" descargados sobre cabezas de "cervantistas".

(2) *Une Enigme Littéraire*, págs. 30 y 31.

(3) Además, la casa Picard, editora de la obra de Groussac, era, por su valiosa *Bibliothèque Espagnole*, la que mejor podía representar la cultura de los hispanistas "franceses".

¿No dijo tanto o más que Groussac, aunque con mejores modales, Fitzmaurice Kelly, cuando al referirse a los entusiastas descarriados del gran Will y del insigne manco afirmó que el interés demostrado por ambos hacia los locos, éstos se lo retribuían con creces?

Dada la admiración proclamada por Groussac hacia el instrumental estético y psicológico de precisión, que permite “poner en descubierto los principios activos de las civilizaciones”, ¿no pudo recordar que tal cultura se avenía mal con la táctica salvaje de envenenar las armas empleadas y de denostar al adversario con el cual se combate?

¿No debió recordar, en primer término, el autor de “Une Enigme Littéraire”, que para resultar eficaz “el instrumento de precisión empleado por Renan y por Taine”, debía inspirarse en la simpatía, asumir una posición cordial frente al objeto estudiado?

¿No ha dicho Anatole France, “Renanista” de la mejor agua, que “On n’aime sûrement que ceux qu’on aime jusque dans leurs faiblesses et leurs pauvretés”?

A esa tesis, tenía Groussac respuesta que merece capítulo aparte.

Es respuesta y no disculpa, pues el carácter de Groussac no se avenía fácilmente a disculparse.

Y la respuesta, a lo sumo explicación, es el consabido “quien bien te quiere te hará llorar”, también traído a colación por Menéndez y Pelayo ⁽¹⁾, como resumen de la actitud que a Groussac le placía atribuirse.

El autor de “Une Enigme Littéraire” sostiene la perfecta concordancia entre la “defensa” que hizo de España el 2 de mayo de 1898 y las lindezas que brinda a la cultura española a propósito del “Quijote de Avellaneda”.

Oigámosle: “Je défendais alors, comme aujourd’hui, les “fueros” de la vérité historique. Seul l’ennemi a changé; celui d’hier n’était qu’extérieur et momentané; celui que je vise aujourd’hui l’Espagne le porte dans ses entrailles depuis des

(1) Introducción al *Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, compuesto por el Licenciado Alonso Fernández de Avellaneda, ed. de Toledano. López y Cía., pág. XLIX.

siècles: c'est ce sarcome de présomption et de routine qu'aucune opération sanglante ne réussit à extirper". (1)

Desde cierto punto de vista, bien pudiera ser que Groussac tuviese razón: para él, "seul l'ennemi a changé". El 2 de mayo, léase su discurso, tanto más que defender a España le interesa vapulear a los Estados Unidos. En "Une Enigme Littéraire", la denostada es la cultura española.

Pues lo que él necesita habitualmente para ponerse a escribir, es "el enemigo". No tan solo al leer estas dos últimas, sino al leer la mayor parte de sus obras se advierte el acierto de expresión, en él tan frecuente, de la frase antes transcrita: "seul l'ennemi a changé".

A Groussac solía servirle de musa la necesidad de hallar la cabeza de turco a la que se elige como blanco.

Sea en las notas, sea en el texto, sea en los "Post Scriptum", las obras del escritor francés suelen estar hechas contra alguien o contra algo. Y alguien o algo, por momentos, tan ajenos a la cuestión fundamental del escrito como los transeuntes baleados durante manifestaciones callejeras o represiones policiales, con las que nada tenían que ver.

Ejemplo de ese "crescendo" de furia malamente gala, que a fuerza de darse libre carrera arrolla cuanto encuentra a su paso, es el párrafo final de "Une Enigme Littéraire": "Au cours de ce vingtième siècle qui s'ouvre, l'aptitude scientifique sera de plus en plus et partout, même dans l'art, la condition de la force nationale et la caractéristique de la civilisation. C'est sur ce terrain que les peuples, jeunes et vieux, grands et petits, devront se mesurer. Et peut-être cette lutte pour la vie sera-t-elle plus épre et plus décisive encore entre les petits qu'entre les grands, parmi ces nationalités nouvelles ou renouvelées qui déjà s'agitent dans leur pénombre et s'apprêtent à se disputer l'avant-dernier rang". (2)

¿Puede darse un ejemplo de obra concebida con ese espíritu científico por el cual Groussac manifiesta su respeto y en la que se involucren de manera tan inutilmente ofensiva cosas tan distintas?

(1) *Une Enigme Littéraire*, pág. 190.

(2) *Ibidem*, pág. 191.

¿Qué tenían que ver esas nacionalidades “nouvelles ou renouvelées qui déjà s’agitent dans leur pénombre et s’appêtent à se disputer l’avant-dernier rang”, y entre las cuales nos incluía muy probablemente el director de nuestra Biblioteca Nacional, con el problema debatido, con el hecho de averiguar quien fué Alonso Fernández de Avellaneda?

De pretenderse que es el amor el que inspira tales castigos, habrá que ser consecuente con la secuela lógica del principio, y aceptar lo que del mismo se desprende.

Si un autor aporrea a lo que ama, convendrá igualmente admitir la verdad recíproca de que elogia a lo que odia.

Y, de ser así, ¿qué mal francés habría sido el señor Groussac! Y, en cambio, ¿qué amor profundo y recóndito no habrá sentido por Alemania, España, Norte América y las nacionalidades “nouvelles ou renouvelées”, entre las cuales fuerza es que nos reconozcamos!

En cuanto a la peregrina teoría de que “mejor es la herida del que ama que el ósculo del que aborrece” (1), convendría tener en cuenta lo desacreditada que está esa mala justificación del crimen pasional en los estrados forenses. Hasta ahora, los modelos de enamorados han solido ser Filemón, Leandro o Pablo y no por cierto, el marqués de Sade o Jack el destripador.

Pese a los consejos de rigor que pueden hallarse en los “Proverbios” Salomónicos, los tribunales procesan y no siempre absuelven a los padres que extremejan el rigor para con sus hijos. El buen sentido tradicional distinguió entre los maestros que aplicaban la palmeta para corregir y los que se complacían en propinar palmetazos.

Para demostrar que los palmetazos de Groussac procedían de un fondo de amor por la nación en que vivía su “destierro” (2), suelen mencionarse unos pocos párrafos en los cuales

(1) Palabras atribuidas a Groussac por el testimonio insospechable de A. DE LAFERRÈRE, Noticia preliminar a las *Páginas de Groussac*, página XXIX.

(2) “Para mi hijo Carlos a quien dió patria mi destierro recojo estas espigas del campo que le toca por herencia” P. G. (Dedicatoria de *El Viaje Intelectual*, Primera Serie, Madrid, 1904.

la belleza literaria visiblemente concertada supera a la calidad emotiva, a la sinceridad presumible.

De procurarse un balance imparcial, ¿no habría también que publicar, al lado de estos trozos, a los "otros", aquellos pasajes harto más numerosos en que reniega de hombres y cosas de nuestro suelo, y en que lo hace con sinceridad inequívoca, con la misma candente vibración pasional que ha puesto en elogiar al país nativo?

Y, cuando se habla de la fecundidad de ese rigor, cuando se evoca, como lo hizo el alto espíritu de Angel Estrada, lo que hubo de aleccionante y disciplinario en "el ogro de Perú y Moreno" (1), ¿no convendría también a la justicia de la causa evocar lo que tuvo de desalentador y de enervante?

Por algunos jóvenes "cuyas cuartillas eran más prolijas porque "el ogro de Perú y Moreno" . . . permanecía vigilante" (2), ¿cuántos que no se atrevían a salir a la calle por evitar el espantable encontronazo! ¿Cuántos, asimismo, que maltrechos de los zarpazos de un primer choque comprendieron pronto las ventajas de quedarse quietecitos en casa, por temor "al ogro", y disfrutaron hasta el abuso de las ventajas de no hacer nada?

Una monografía sobre la naturaleza y eficacia de la influencia de Groussac en el Río de la Plata haría bien en tener en cuenta los siguientes puntos de referencia: 1) el estado de nuestras letras antes de que esa influencia se ejerciera; 2) si frente a méritos de evidente paridad, el rigor del "ogro" se manifestaba en razón inversa de sus simpatías o en razón directa de sus vinculaciones amistosas; 3) si en otros países hispano-americanos donde también se ha escrito prolijamente, se ejercía asimismo por algún crítico un magisterio análogo en tono e inspiración al que entre nosotros representó Groussac; 4) finalmente, si por el estilo y la ideología, esa influencia ha propulsado en nosotros facultades castizas o contribuido a ahondar el divorcio señalado por el propio escritor francés en su artículo "Questions de langage": "lorsque dans un pays il existe une langue littéraire sensiblement différente de la langue populaire,

(1) *Páginas de Groussac*, pág. XXX.

(2) *Ibidem*.

toute la littérature en devient artificielle et inanimées. C'est là jurement de Roland: parfaite de forme, à l'encolure puissante, élégante, magnifique, mais elle est morte". (1)

Sin anticiparnos a tales conclusiones, aunque mucho nos tienta el contribuir a establecerlas, reconozcamos la razón que hace exclamar a Menéndez y Pelayo frente a las versatilidades sentimentales de Groussac "pero, ¿quién ha de hacer caudal de las simpatías ni de los odios de quien así procede?" (2).

Reconozcamos, además, que si Renan y Taine han contribuido "a penetrar el alma de las razas a través de la obra de arte", ha sido con una disposición espiritual diametralmente opuesta a la que en sí mismo cultivaba Groussac, pues los estudios de aquéllos sobre literaturas extranjeras siempre tuvieron por móvil una simpatía de la que no hay constancia alguna fidedigna en "Une Enigme Littéraire". (3)

Y con el acierto expresivo que nos es tan grato reconocerle, Groussac ha parecido definirse a sí propio, por lo menos a lo que de sí mejor manifiesta en su polémica Avellanedesca, en la crítica que hizo posteriormente de un erudito malhumorado de otrora: "Même fût-elle strictement juste, sa réponse resterait comme un modèle de mauvaise grâce, de lourde et hargneuse pédanterie, de vanité bouffie et débordante. Ce n'est pas seulement Villalobos que le savantasse renvoie à l'école, mais le pape Adrien, Pierre Martyr, Vargas et tous les autres: il n'y a que Lui!". (4)

(1) "Le Courrier Français", 21 de noviembre de 1894 (citado por J. CANTER, *Contribución a la bibliografía de Paul Groussac*, pág. 145.

(2) M. y PELAYO, Introducción a *El Ingenioso Hidalgo Don Quixote de la Mancha*, compuesto por Alonso Fernández de Avellaneda, ed. Tole-
dano, López y Cia., pág. L.

(3) "Les choses ne sont point mortes, elles sont vivantes; il y a une force qui produit et organise le groupe, qui rattache les détails à l'ensemble... C'est cette force que l'esprit doit reproduire... par contre coup et par sympathie". TAINÉ, *Histoire de la littérature Anglaise*, vol. V, pág. 237. "On ne doit jamais écrire que de ce qu'on aime. L'oubli et le silence sont la punition qu'on inflige à ce qu'on a trouvé laid ou commun dans la vie". RENAN, *Souvenirs d'Enfance et de Jeunesse*, pág. 9.

(4) GROUSSAC, *Le Commentateur du Labyrinth*, "Revue Hispanique" 1904, pág. 171.

• Relean los curiosos "Une Enigme Littéraire" y verán que "il n'y a que lui", Groussac, para saberlo, comprenderlo y resolverlo todo. Y no es tan sólo a los Asensio, Ríos y Benjumeas de menor cuantía que le "savantasse" de "Une Enigme Littéraire" trata como a escolares desaprovechados, sinó a Fernández Guerra, La Barrera, Cotarelo y Mori, Fitzmaurice-Kelly, Morel-Fatio, Ernest Mérimée, Mayans y Siscar, Milà y Fontanals y, muy especialmente, Menéndez y Pelayo. Una vez más, y con las propias palabras del publicista francés: "Il n'y a que lui!".

Y por lo menos el maestro Núñez no dió en la peregrina ocurrencia de atribuir al amor las vejaciones que inflinge a sus adversarios.

Todo ello sin desconocer a nadie y menos a Groussac, el derecho a corregir errores manifiestos y de reprender a los eruditos descarriados.

Es verdad: los Cervantistas rectificadas en "Une Enigme Littéraire" han podido ejercitar y ejercitado sin quererlo, el más humano de los derechos: el derecho a equivocarse. Pero, aunque sean "estrictamente justas", ¿no hay críticas que son modelos "de mauvaise grâce, de lourde et hargneuse pédanterie, de vanité bouffie et débordante"?

Para ser tan implacable con los pecados de la erudición ajena, es menester considerarse a sí mismo como poco menos que infalible.

Tal ha sido el error inicial de Groussac, en su polémica sobre Avellaneda. El tono de suficiencia constante, las bravatas eruditas, los sarcasmos, todo en la obra, estilo e inspiración, revelan la "desmesure", la confianza jactanciosa en sí mismo, que la moral implícita de las canciones épicas francesas castigaba hasta en los mejores caballeros.

Recuérdese la iniciación del libro.

El director de nuestra primer biblioteca pública, al hojear una revista peninsular, "La Ilustración Española y Americana", halla en el índice "un article de l'éminent "cervantophile" sévillan, D. José María Asensio, intitulé: Alonso Fer-

nández de Avellaneda. “Bon! me disais-je en cherchant la page 38, voici qui va me remettre au point: où en sont-ils de l'éternelle dispute? . . . J'en étais resté aux solutions “évidentes” des Fernández-Guerra, Castro, La Barrera, Benjumea et autres fanatiques de Cervantes, qui, occupés surtout à mettre en dithyrambes la légende dorée de leur patron, faisaient de la critique comme on chante au lutrin. Le jeune école, évidemment, avait dû changer tout cela” (1).

Pronto comprueba que “la jeune école” no ha abandonado nada de los métodos que desconsideran a la “vieille école” en el espíritu de Groussac. “On avait piétiné sur place. Como decíamos ayer. . . Les nouveaux scoliestes suivent pieusement les traces de leur aînés. . . C' est toujours la raison de sentiment ou la preuve d'autorité qui en fait les frais, l'affirmation gratuite, la conjecture étayée de bévues, le tout administré en ce style pompeux et flasque, où les clichés du “manchot de Lepant” du “Phénix des esprits”, des “brodequins de Thalie”, tous les vieux galons de la friperie classique reparaissent”. (2)

Según Groussac, no es de la cultura española que podía esperarse ni la solución de aquel problema concreto, ni la renovación de las técnicas eruditas, puesto que, “avec quelques nuances dans l'écriture, on retrouve presque partout la même légèreté et la même lourdeur, la même incapacité de réfléchir, de vérifier, de comprendre, d' apprendre”. (3)

Adviértase, una vez más, el incremento incontenible en la biliosidad despectiva del crítico.

La vieja escuela era ridícula, con sus soluciones igualmente “evidentes” e inconciliables. La nueva escuela no ha modificado en nada ese estado de cosas. Con raros matices de estilo, se comprueba en todos, “de l'Académico” plus huppé au moindre grimaud” (4), “la misma incapacidad de reflexionar, de verificar, de comprender, de aprender”.

(1) *Une Enigme Littéraire*, págs. 1 y 2.

(2) GROUSSAC, *Une Enigme Littéraire*, págs. 2 a 3.

(3) GROUSSAC, *Un Enigme Littéraire*, pág. 3.

(4) GROUSSAC, *Une Enigme Littéraire*, pág. 3.

El autor de "Une Enigme Littéraire" reabría, por lo tanto, la vieja polémica sobre el valor de la cultura española.

Si hubo algún mérito sentimental en hablar "por España" durante la guerra de 1898, ese mérito se anulaba con la agresión de que se hacía objeto a la cultura española al día siguiente del desastre.

Compárense ambos escritos y se verá hasta qué punto el amor es retórico, difuso y pretérito, mientras el desprecio y la animadversión se muestran pujantes, actuales y concretos.

No omite medio de los que le permiten añadir el escarnio a la herida. La calidad de "cenvantophile" va entre comillas, algunas expresiones castellanas usuales, tales "como decíamos ayer. . .", "académico" "los fueros de la verdad", (1). "¡Para mi santiguada!", esmaltan el texto francés de Groussac, como se intercalan en los remedos caricaturescos de las personas ausentes los visajes y entonaciones que permitirán identificarlas ante la malicia de los circunstantes.

El objeto principal perseguido por el crítico no es ni siquiera el de resolver el problema tan mal planteado por la cultura literaria española, sino de "mettre à nu ce curieux compartiment du cerveau castillan où l'on pourrait localiser-sans ombre d'intention injurieuse pour un peuple que j'aime-la faculté de transformer les vessies en lanternes et les ventas en châteaux. . . en Espagne, naturellement". (2)

También, sin duda, "sans ombre d'intention injurieuse" hacia el pueblo que ama le recuerda que es totalmente incapaz de ventilar o de iluminar ese curioso "compartimento del cerebro castellano", pues "sans les travaux étrangers", la historia de la literatura española sería todavía "une brousse de fables et de mystifications". (3)

(1) MENÉNDEZ Y PELAYO, Introducción al *Ingenioso Hidalgo don Quixote de la Mancha* de Avellaneda, ed. Toledano, López y Cía., página XLIX, termina por irritarse con ese "persiflage"; pero es evidente que no sólo la expresión "los fueros de la verdad" recogida por Menéndez y Pelayo, sino todas las demás llevan igual burda malignidad y desconsideración.

(2) GROUSSAC, *Une Enigme Littéraire*, pág. 7.

(3) GROUSSAC, *Une Enigme Littéraire*, pág. 3.

Lo curioso, no menos curioso que el compartimento del cerebro castellano hacia el cual pretende proyectar Groussac una luz tan cruda, es que cuando el autor de "Une Enigme Littéraire" halla al paso a alguno de los autores extranjeros de esos trabajos sin los cuales "la literatura española continuaría siendo un matorral de mistificaciones y de infundios", no lo trata mejor ni le halla mayores méritos, en concreto ⁽¹⁾, que a "las caboches à grelot" que han sido según él, "en deux siècles" los cervantófilos españoles. ⁽²⁾

Y es, sin intención caricaturesca de ninguna especie, que para Groussac, como para el maestro Núñez, "il n'y a que lui!"

Si esto basta, en rigor, para explicar hipotéticamente la confianza de Groussac en las propias fuerzas y el tono consiguiente, ¿cómo interpretar la agresión particularmente sañuda y desconsiderada de que es objeto Menéndez y Pelayo?

Ya hemos visto la opinión del agredido: todo ese alboroto débese a la musa de la "hispanofobia" y al resentimiento hacia quien tuvo el ligero descuido de no acusar a tiempo recibo de algún libro o de no responderle prontamente a una carta. Hemos añadido, asimismo, nuestras propias suposiciones que al igual de cuantas puedan proponerse en ausencia o al margen de textos explícitos, sólo tienen carácter conjetural.

Comprobemos ahora lo reiterado, gratuito y descortés de los ataques de Groussac a Menéndez y Pelayo.

En "Une Enigme Littéraire" el paladín de la ciencia española es objeto de una salvedad favorable y de multitud de ataques encubiertos o directos.

He aquí la salvedad: "Je commence par déclarer que je n'englobe nullement D. Marcelino Menéndez y Pelayo, critique de vaste lecture et remarquable écrivain, dans la grotesque confrérie des cervantistes; je crois devoir ajouter que, n'ayant pas eu la chance de le rencontrer à Madrid pendant mes séjours

(1) Véase lo que en *Une Enigme Littéraire* se dice de Fitzmaurice-Kelly y Ormsby, pág. 3; de Ernest Mérimée, en nota de las páginas 115 a 116; de Morel-Fatio, en nota en la página 163, etc.

(2) GROUSSAC, *Une Enigme Littéraire*, pág. 130.

en Espagne . . . je n'ai eu avec lui que de brèves relations épistolaires, d'ailleurs courtoises et bienveillantes". (1)

Este párrafo sirve para conocer a ciencia cierta el significado que Groussac asignaba al término de "cervantófilo", aunque no lo pusiera entre comillas: el de "miembro de una cofradía grotesca".

Sirve, además, para puntualizar cuáles fueron las relaciones de Groussac con Menéndez y Pelayo, tal como él las interpreta, quizás, de acuerdo con los intereses polémicos del momento.

Por tratarse de cartas y dedicatorias suscriptas por Groussac y de las cuales no recibió respuesta, es evidente que la cortesía y la benevolencia corrieron por su cuenta, con todo lo que el segundo adjetivo pueda tener de arrogante y protector.

En cuanto a la morosidad epistolar del destinatario de aquellas cartas y dedicatorias, ya hemos dicho lo que en justicia cabía pensar.

¿De no haber sido Groussac autor de aquellas dedicatorias "cortesés" y de no haber tomado la iniciativa documentada de relaciones "benévolas" que quedaron sin correspondencia, habría incluido la salvedad transcripta en favor de Menéndez y Pelayo?

Cabe dudarlo. Y cabe dudarlo, no por hacer injuria a su veracidad, sino por lo que había de impetuoso, de arrollador y de alucinante para él mismo, en su temperamento polémico.

Adviértase, por de pronto que sea habilidad, sea omisión, difícilmente involuntaria en quien era tan dueño como él de sus medios expresivos, en el pasaje citado no se dice quien tomó la iniciativa de aquellas relaciones "courtoises et bienveillantes", ni la medida en que fueron correspondidas.

Si alguna vez Groussac se mostró cortés con D. Marcelino, tardó poco en resarcirse tornando a empuñar la férula y comenzando a repartir palmetazos.

Léase con alguna atención el libro de Groussac sobre "Une

(1) El testimonio insospechable del cultísimo escritor dominicano Pedro Henríquez Ureña sostiene que D. Marcelino tardaba habitualmente más de un año en contestar cartas o acusar recibo de libros. La acumulación de tareas, el caudal de la correspondencia mantenida y el desco de contestarla a conciencia, imponían tal demora. Se ve, pues, cuán errónea habría sido de parte de Groussac la actitud que le atribuye Menéndez y Pelayo.

Enigme Littéraire. Le Don Quichotte d'Avellaneda" y se verá que, de todos los "cervantófilos", el peor tratado es Menéndez y Pelayo.

Por dicha lectura atenta, entendemos no la que retiene la violencia accidental de pasajes aislados, sino la insistencia en el ataque y la virulencia de las insinuaciones. D. José M^a Asensio ⁽¹⁾ o daña Blanca de los Ríos ⁽²⁾ pueden ser tratados con mayor desdén, ninguno es atacado con mayor saña y frecuencia.

Dividamos esos ataques, por razones de comodidad, en directos e indirectos.

Comienzan modestamente con la declaración mesurada de que "l'hypothèse récente de M. Menéndez y Pelayo . . . ne semble guère plus solide que celles de ses devanciers" ⁽³⁾. Pero, como este tomo mesurado se aviene mal con la impaciencia combativa del polemista francés, en la misma página inicial, antes de lo que el orden del libro y el mismo interés expositivo lo aconsejan, vuelve sobre la tesis de Menéndez y Pelayo en actitud distinta: "En somme, si l'on en retranchait ces hors d'oeuvre connus (las primitivas soluciones sobre la personalidad de Avellaneda), le travail de M. Asensio se réduirait à une critique de la conjecture de M. Menéndez y Pelayo, qui appuie la candidature d'un certain Alfonso Lamberto sur une anagramme par à peu près" . . . ⁽⁴⁾

Apenas dos páginas más lejos se vuelve a la carga: "Et telle conjecture fantaisiste, dont il nous sera bien permis de sourire tout à l'heure, il faut voir de quels salamalecs on l'abordes dès qu'elle porte l'estampille du grand électeur académique!" ⁽⁵⁾. Y la nota correspondiente nombra al gran elector académico, cuya estampilla atrae todas las genuflexiones: D. Marcelino Menéndez y Pelayo. En cuanto a "la conjecture fantaisiste" de la que se apresura a "sonreir" el señor Groussac, aunque solo 130 páginas más tarde se tomará el trabajo de

(1) Obra citada, pág. 30.

(2) *Ibidem*, pág. 107.

(3) *Ibidem*, pág. 6.

(4) *Ibidem*, pág. 8.

(5) *Ibidem*, pág. 8.

decirnos lo que ofrece de arbitrario y en que se presta a la sonrisa, esa tesis es la del propio D. Marcelino.

Cuando se comprueba tal impaciencia y se lee cierto párrafo vecino sobre “l'insouci des resultats obtenus par la science et l'art étrangers” (1) que se muestra en España, la explicación de D. Marcelino al atribuir la polémica a la vanidad herida de quien la inicia, cobra mayor cuerpo (2).

Antes, asimismo, de analizarla pormenorizadamente halla Groussac ocasión de despotricar la tesis de don Marcelino: “Chaque plaidoyer n'est peut-être pas très bon en soi, mais il suffit d'ordinaire à mettre en relief les absurdités de la partie adverse. M. Ménéndez y Pelayo, par exemple, dont la défense de Lamberto est tout ce qu'on peut rêver”... (3)

¿Desean ustedes conocer el origen de la hipótesis de D. Marcelino? Escuchemos a Groussac: “C'est cette supposition gratuite et niaise de Pellicer qui, caressée et cultivée par la confrérie cervantiste, est venue s'épanouir dans les articles de M. La Barrera, Asensio y Menéndez y Pelayo”. (4)

Bien ven los lectores en que para la salvedad cortés anterior, según la cual Groussac “n'englobe nullement D. Marcelino Menéndez y Pelayo, critique de vaste lecture et remarquable écrivain, dans la grotesque confrérie des cervantistes” (5). Se lo engloba en ella, y con todos los agravantes, puesto que aparece acariciando “una supposition gratuite et niaise de Pellicer”, y en compañía de los señores La Barrera y Asensio, poco antes vapuleados y vilipendiados sin misericordia.

Se imagina con facilidad que tratamiento final se prepara a D. Marcelino Menéndez y Pelayo, “critique de vaste lecture et remarquable écrivain”, ya incorporado “à la grotesque con-

(1) *Une Enigme Littéraire*, pág. 5.

(2) Cabe consignar que ni siquiera a esta parte tan rigurosamente personal de la respuesta de Menéndez y Pelayo replicó nunca el Sr. Groussac aunque dispuso para hacerlo de los siete años largos subsiguientes a la polémica y en que aún estaba en vida su adversario.

(3) *Une Enigme Littéraire*, pág. 99.

(4) *Ibidem*, pág. 129.

(5) *Ibidem*, pág. 137.

frérie cervantiste" y adosado al muro de las ejecuciones entre esas dos "caboches à grelot".

El pelotón de fusilamiento no tarda.

Acariciando, pues, la "supposition gratuite et naïaise de Pellicer", ambos adjetivos son inequívocamente de Groussac. D. Marcelino propone identificar al autor del falso Quijote con cierto Alfonso Lamberto, poeta aragonés concurrente a los certámenes de Zaragoza, el año de 1613 ⁽¹⁾, y vejado en poesías de circunstancias, con los demás concurrentes a esas justas literarias, por no haber acertado a descifrar los enigmas propuestos.

Como pronto después ocurrió la publicación del "Quijote" apócrifo y Pellicer, en su "Vida de Cervantes", afirma que uno de los entonces "vejados" fué el supuesto licenciado Alonso Fernández de Avellaneda. Menéndez y Pelayo identifica al falsario con el único de los poetas que concurrió a los dos certámenes.

¿Qué valía, en realidad, la tesis de D. Marcelino?

Mucho, como actitud moral, y más de lo que Groussac piensa, desde el punto de vista literario.

Menéndez y Pelayo propone con modestia y urbanidad perfectas su hipótesis sobre la personalidad real de Avellaneda.

Nada más cabalmente opuesto al tonillo socarrón con el cual inicia Groussac su libro, que la afabilidad con que D. Marcelino comienza su carta.

Porque es una simple carta, solicitada por D. Leopoldo Rius y Llorellas para incluirla en su "Bibliografía crítica de las obras de Miguel de Cervantes", la que basta a Menéndez y Pelayo para exponer "los fundamentos de su opinión" ⁽²⁾, de la "nueva conjetura" ⁽³⁾ sobre la personalidad de Avellaneda.

(1) Si bien D. Marcelino, en la "Introducción" mencionada, p. XXXVII, afirma: "En este códice... se contienen las sentencias o vejámenes que se intimaron a los poetas que concurrieron a dos certámenes celebrados en Zaragoza por los años 1614"; por la nota de la p. XXXIX se ve que ese año fué el de 1613.

(2) Introducción a "El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha compuesto por el Licenciado Alonso Fernández de Avellaneda", edición Toledano, López y Cia., p. XIV.

(3) *Ibidem*.

D. Marcelino comienza: "Mi antiguo y querido amigo. . . "Al llamar "nueva" a la conjetura que voy a exponer, sólo quiero decir que no la he visto en ningún libro ni se la he oído a nadie. . ." "El descubrimiento, si descubrimiento hay, viene a ser tan baladí como la solución de aquel famoso acertijo que años atrás solía leerse en las cajas de fósforos: "¿dónde está la pastora?" (1).

También en esa carta se desvirtúan anteriores hipótesis sobre quien pudo ser el autor del "Quijote" apócrifo; pero se las "desvirtúa", no se las "patea".

Si era difícil proponer "los fundamentos de su opinión" e insinuar "la nueva conjetura" con mayor modestia de lo que hace el insigne crítico, era y es imposible analizar las opiniones ajenas y anteriores con mayor amenidad, tolerancia y respeto por el adversario.

Y podríamos añadir también, con mayor eficacia. El mismo Groussac, juez exigente en materia de crítica negativa, como todo el que es más partidario de explosivos que de reactivos, admite que Menéndez y Pelayo "déboulonne assez convenablement les candidatures de Blanco de Paz, Schöppe, le "Pícaro Justino" et autres personnages sans importance, pour que nous n'ayons pas à revenir" (2).

Conviene dejar claramente establecido que, en bien como en mal, en lo que tiene de complementario como en lo que pueda ofrecer de insuficiente, la tesis de D. Marcelino supone un esfuerzo de colaboración y algo así como una conclusión forzosa.

Desde que comenzó a procurarse por la crítica española la identificación de Avellaneda, se advirtió la escasez de los datos personales, fragmentarios todos y anecdóticos los más de ellos, de que se disponía para dar con la realidad del personaje.

Ese conjunto de referencias es el que Menéndez y Pelayo reúne en haz y trata de fortalecer mediante inducciones de diverso carácter, así como de muy desigual resistencia.

Uno de los puntos más endebles de la demostración intentada por D. Marcelino, era indudablemente la transformación

(1) Ibidem.

(2) GROUSSAC, *Une Enigme Littéraire*, ps. 99 y 100.

de las palabras iniciales del relato de Avellaneda en anagrama. Una elaboración empeñosa obtenía de aquel texto, arbitrariamente tajeado, el nombre de "Alonso Lamberto" (1).

Con su razón y modestia habituales, confiesa el sabio español: "Soy poco aficionado a los anagramas, y estoy escarmentado de ellos por el ejemplo de Benjumea, pero éste, para casualidad, me parece mucho" (2).

En la búsqueda de anagramas reveladores de la personalidad solapada de Avellaneda, los señores Asensio y de La Barrera habían arribado a resultados sospechosos. En frases distintas del falso "Quijote" ambos "cervantófilos" descubrían, mediante una reconstrucción tipográfica del texto, el nombre de Aliaga.

Al comentar ese resultado, dice atinadamente Groussac: "... je n'essaierai pas de montrer à M. Asensio pourquoi le seul fait de découvrir la même chose que La Barrera, dans d'autres mots de la même phrase, prouve déjà que la chose n'y est pas, -de même que le fait d'ouvrir une caisse successivement avec deux clefs différentes, prouve qu'elle n'était pas fermée" (3).

Todo lo que podía haber en una demostración de tal género de destructivo e hiriente, lo reserva Groussac para malbaratar el anagrama de Menéndez y Pelayo.

Este último había hallado en las consabidas cinco palabras el nombre de Alonso Lamberto, con leves modificaciones de ortografía.

Groussac advierte que manipulando las mismas letras se podría dar con los nombres de La Barrera o Marcelino Menéndez y Pelayo (4).

Y verdad que tal hazaña la cumplen a diario los cajistas de cualquier imprenta sin pensar en que invalidan un procedi-

(1) De un párrafo que consta de más de sesenta palabras. D. Marcelino retiene tan sólo las cinco primeras, interrumpiendo el sentido de la frase en un "no" que resta pendiente como de un vacío gramatical y lógico.

(2) Introd. al "Quijote" de Avellaneda, p. XLIII.

(3) GROUSSAC, *Une Enigme Littéraire*, p. 136.

(4) *Obra citada*, p. 145.

miento de lectura criptográfica, antes muy del agrado de ciertos eruditos (1).

Pero es evidente que aunque fuese exagerada la confianza con que D. Marcelino mira tal hallazgo y al análogo en importancia que cree hacer en cierto soneto de Cervantes, todas estas pruebas anagramáticas no constituyen sino parte de su demostración, y que su tesis continuaba siendo la más viable de cuantas se habían presentado hasta la fecha para revelar la identidad de Avellaneda (2).

El sabio español reconoce, a veces, la razón que puede asistir a su contradictor, pero añade: “¿Qué sabe él? me pregunta muy destemplado el Sr. Groussac. Tiene razón en su reparo. Nada sé ni de esto ni de muchas otras cosas, pero nadie negará que la observación podía estar hecha con más cortesía” (3).

Aun las veces en que Groussac tiene razón, salta a los ojos que podía triunfar con menos soberbia y discutir con mayor urbanidad.

El, Groussac, tan amgo de sorprender en contradicción a los otros, ¿no advierte lo que presentan de inconciliable la salvedad cortés antes transcrita y tal o cual otra que difícilmente pudiera hallarse en su libro, con la saña satírica despiadada de que hace objeto al mismo estudioso que aparenta respetar? (4)

Citaremos algunos de los pasajes agresivos más característicos: “Et quand l’honorable académicien nous raconte que, sans être averti et à première vue, il a découvert son Lamberto, il nous rappelle trop vivement qu’il a disserté en trois volumes sur la “Ciencia española”—titre un peu effrayant, mais qui, heureusement, tempère la sévérité du nom par le sourire de l’adjectif” (5).

(1) La más escandalosa de las tentativas de ese género fué la de cierto Señor ATANASIO RIVEROO en su obra “*El Secreto de Cervantes*”.

(2) Elogia Groussac, p. 115 de la obra citada, el libro de TUBINO, “*Cervantes y el Quijote*”; con igual razón y mayor provecho para la parte negativa de su obra pudo citar a JOSÉ DE ARMAS Y CÁRDENAS, “*El Quijote de Avellaneda y sus críticos*”, La Habana, 1884.

(3) *Introducción citada*, p. XLI.

(4) Pasaje citado de la página 137 y el siguiente, de la página 148: “*Abregeons par égard pour un homme de talent qui se fourvoie*”.

(5) *Obra citada*, nota de la página 144.

Así, pues, en la asociación de vocablos “ciencia” y “españolista”, Groussac encuentra tan severo al primero como risible al segundo. Y no hay que ser muy ducho para apreciar el respeto que puede merecerle el escritor bastante incauto como para osar la vinculación de ambas ideas.

Jáctase luego el autor de “Une Enigme Littéraire” de haber reconocido en el Solisdán que intrigaba a Menéndez y Pelayo al Lasindo del “Amadis”. Para lograr tal resultado le bastó con aplicar el criterio criptográfico empleado con tal mal éxito por su adversario, porque, añade modestamente el polemista francés: “. . . le raisonnement, c’est tout à fait comme les castagnettes, dont il est dit avec profondeur dans la “Crotalogia” du licencié Florencio, qu’il y a une nuance entre “tocarlas bien et tocarlas mal” (1).

Finalmente, he aquí como resume Groussac la posición en que deja la polémica al insigne crítico español: “La situación la plus fâcheuse est celle de M. Menéndez y Pelayo, qui, trop sûr de son public, s’abandonne tous les jours un peu plus à l’improvisation, même en des matières qui ne l’admettent pas. Et, puis, quand on a comme lui fondé sa renommée sur des titres qui n’ont pas été discutés, il est peut-être imprudent de s’attaquer à un problème concret, dans la solution duquel les succès passés ni les attraits d’un style élégant et disert ne comptent guère, -et où l’on s’expose à donner toute sa mesure” (2).

Esta es una de las postreras admoniciones dedicadas por Groussac a don Marcelino, en “Une Enigme Littéraire”. La acritud del tono ha seguido el “crescendo” habitual.

A veces sobre cuestiones de método, otras, a propósito de juicios sobre Rabelais y Zola (3), el polemista francés ha tratado de demostrar con estrépito que Menéndez y Pelayo era un chapucero sin amplitud de criterio ni seguridad en el manejo de la técnica erudita.

En el pasaje transcrito, el escarnio va más lejos. No es menester ser escoliasta muy experto para interpretarlo del siguiente modo: “De todos los críticos españoles metidos a re-

(1) *Obra citada*, nota de la página 149.

(2) *Obra citada*, p. 150.

(3) *Idem*, p. 100.

velar la identidad de Avellaneda, el que se halla en situación más incómoda, Sr. Menéndez y Pelayo, es usted. En primer término, porque cada día trabaja usted menos seriamente, en materias que no consienten tal dejadez. En segundo lugar, porque ha tenido usted la suerte de basar su reputación en títulos que nadie verificó, y ahora tendrá usted que habérselas con alguien capaz de medirse con usted en la discusión de un problema concreto y de demostrar a las claras cuales son las fuerzas respectivas”.

O para resumir sin traicionar ni la letra ni el espíritu: “es Ud. un prestigio lugareño, en una nación decadente. Veremos lo que da de sí, frente a un representante de la alta cultura europea como yo” (1).

Al leer “Une Enigme Littéraire” se llega, tal es por lo menos la convicción del que esto escribe, a la certeza de que Groussac buscó la polémica, quiso evitar que Menéndez y Pelayo pudiese dejar de contestarle.

De ahí la abundancia de ataques directos e indirectos, los comentarios sangrientos sobre lo que el insigne crítico era por sí mismo o defendía desde los comienzos de su carrera.

Ni como identificador de Alonso Lamberto con Avellaneda, ni como defensor de la ciencia española, podía Menéndez y Pelayo eludir el encuentro.

Lo curioso es que el maestro de la crítica española, pese a la templanza de su estilo, a la serenidad de su pensamiento y a la afabilidad y cortesía invariables de su trato, era, también él, un polemista instintivo y brioso, aunque contenido por su esfuerzo constante de superación intelectual.

Había llegado asimismo a una situación de jefatura literaria indiscutida e indiscutible. Pero no pensó nunca en ejercerla escarneciendo a sus contradictores ocasionales, ni humillando en torno suyo al esfuerzo ajeno, para erigir sobre ruinas acumuladas la propia superioridad.

Tuvo la actitud cardinal de los maestros: formó discípulos

(1) De parecer forzado este resumen, léanse, a más del párrafo así concretado, las frecuentes alusiones a la estrechez de “l’espagnolisme” y a su incompatibilidad con “l’esprit philosophique-peut-être même l’épithète est-elle de trop”, en parte recogidas por D. Marcelino, en la “Introducción” citada, p. XLVI.

y fomentó vocaciones. No tan sólo con el ejemplo de la obra escrita, desde alturas o aislamientos desdeñosos y bien rentados ⁽¹⁾, sino en el trato personal y asiduo; con la lección sin cátedra ni horario, contribuyendo de tal modo a la formación cordial de la nueva generación de eruditos que han renovado la cultura española.

Años más tarde, en vísperas de su muerte y en carta a uno de esos ministros que los azares del tinglado político inflingen hasta a los sabios como Menéndez y Pelayo, éste escribía: "He tratado a todos los eruditos españoles de mi tiempo; he conocido a casi todos los extranjeros que han venido a España a hacer algún trabajo histórico o literario; me honro con la amistad de algunos de ellos y creo disfrutar de su estimación; a ninguno he dejado de asistir con las noticias e indicaciones que mi corto saber podía prestarles, ahorrándoles a veces mucho tiempo en sus pesquisas" ⁽²⁾.

El ilustrado profesor español Pedro Sáinz y Rodríguez hace un distinguo entre el "Menéndez y Pelayo, partidista y acre de los primeros libros" y el que luego exponía su doctrina "embellecida por aquel melancólico y sereno patriotismo que envuelve como un suave velo las obras del maestro, plenas de bellezas admirables de la forma y de aciertos maravillosos de crítica" ⁽³⁾.

¿Cuál de esos dos Menéndez y Pelayo responderá a la provocación de Groussac?

Ambos, aunque el segundo, el más noble y eficaz, termine por prevalecer.

La tarea no le habría resultado fácil, ni aun siendo D. Marcelino quien era, de haberse limitado el autor de "Une Enigme Littéraire" a la tarea puramente demoledora que constituía su especialidad.

Pero el demoledor entendió esta vez que para medirse con su adversario, debía competir con él también en la parte construc-

(1) Desde 1898 era Menéndez y Pelayo director de la Biblioteca Nacional y del Cuerpo de Archiveros (MIGUEL ARTIGAS, "Menéndez y Pelayo", p. 177).

(2) ARTIGAS, "Menéndez y Pelayo", p. 205.

(3) SÁINZ Y RODRÍGUEZ, "Las Polémicas sobre la Cultura Española", p. 43.

tiva; tenía que proponer su solución, aunque solo fuese “pour (se) conformer aux lois du genre et, comme dit l'autre, pour ne pas (se) faire remarquer” (1).

Una de las actitudes preferidas por Groussac es la del recién llegado de las Pampas, el “Oedipe. . . arrivé de Buenos Aires par le dernier bateau” (2), y que da la clave airoosamente a los escritores europeos de los enigmas que eran incapaces de resolver.

¿Habría dado Groussac a su obra el título de “Une Enigme Littéraire, le “Don Quichotte” d'Avellaneda”, de no haber pensado que en ella iba a representar una vez más el papel de ese “Oedipe arrivé de Buenos Aires par le dernier bateau” para sacar de apuros a los sabios europeos, y con mayor razón de ser ellos españoles, atónitos y enmudecidos ante la esfinge de Avellaneda?

Para quienes se ponen siempre del lado de los polemistas que proyectan sobre sus adversarios la luz violenta y encandiladora del ridículo, y que sólo conocen sobre la cuestión debatida el alegato de Groussac, éste continúa teniendo razón.

Sólo que el escarnio del contradictor no suele ser un procedimiento dialéctico de buena fe, ni mata más que a los que en justicia merecen tal suerte.

De ahí que Sócrates haya sobrevivido a “Las Nubes” de Aristófanes y el cristianismo naciente a la befa que de él hacía el teatro romano de la decadencia.

Al leer la tesis de Groussac, el lector desprevenido se inclina a darle razón. Se ha puesto al servicio de la causa uno de esos talentos de abogado contra los cuales Groussac arremete en su controversia con el doctor Piñero. La actitud que caracteriza profesionalmente a los tales, es la de considerar, no tan sólo que tienen razón, sino que tienen toda la razón, que son los únicos en tener razón.

(1) GROUSSAC, *Une Enigme Littéraire*, p. 9.

(2) *Une Enigme Littéraire*, p. 250; “Je manque même de quelques publications très importantes qui touchent à la question. . . Pourtant, avec les seules ressources de la maison (La Biblioteca Nacional), je crois avoir atteint mon but principal”, *Idem*, p. 7; “Je vais tirer de peine M. Menéndez y Pelayo et lui envoyer de Buenos Aires la solution du problème qui, depuis un siècle, a fait écrire tant de sottises”, *Idem*, 148; véase, asimismo, nota de las páginas 8 y 9.

Disposición de ánimo acrecentada en él por una predisposición quizás adquirida en la convivencia espiritual con Taine ⁽¹⁾, y que consiste en considerar y dar claramente a entender que, antes de abordarlos él, Groussac, nadie ha comprendido debidamente, desarrollado en forma adecuada, ni resuelto de manera plenamente satisfactoria los temas que expone. Toma posesión de los asuntos como los primitivos conquistadores declaraban solemnemente ocupar un suelo inmenso que todavía no habían recorrido y del cual apenas si conocían las riberas en las que acababan de desembarcar.

Lo que más y mejor impresiona en el libro de Groussac sobre Avellaneda, es la aparente solidez del método adoptado.

A la “grotesca cofradía de cervantistas” que ejercen la crítica “con el mismo fervor beato con que se canta una misa en coro frente al facistol”, el polemista francés pretende enseñarle lo que debiera hacer, pues, como lo dice: “il ne faut pas que le spectacle de cette logomachie nous dégoûte de la logique, et ce serait un autre dérèglement de l'esprit que de mépriser les inférences vraies parce que les fausses conduisent à l'absurde”. ⁽²⁾

Y añade: “Mais ce problème, il faut le résoudre scientifiquement pour se tenir à la solution, et non point comme ces vieux enfants, pour s'y appuyer quand elle favorise la thèse et la négliger quand elle la contrarie”. ⁽³⁾

El método preconizado por Groussac consiste en reconstituir la personalidad de Avellaneda por lo que de la misma nos revela su obra — nacimiento, condición social, estudios realizados, países recorridos, preferencias devotas, amistades y admiraciones literarias, etc. ⁽⁴⁾, y completar ese manojito de inferencias personales mediante singularidades de estilo. ⁽⁵⁾

Vale naturalmente el método lo que valgan los resultados, pues sería absurdo comprobar que “la ciencia” diese iguales o peores consecuencias que el desconocimiento de la técnica y los

(1) BRUNETIÈRE, *Histoire et Littérature*, vl. 3c., p. 135.

(2) *Une Enigme Littéraire*, p. 150.

(3) *Idem*, p. 153.

(4) *Idem*, ps. 120 a 123; 167 a 179.

(5) *Idem*, ps. 179 a 185.

“sabios” coincidiesen con “los niños inveterados” en lo de no admitir las soluciones sino cuando favorecen a tesis sentadas por capricho y con ignorancia.

La solución “científica”, propuesta por el Edipo de “Une Enigme Littéraire”, supone que esa sombra literaria llamada el licenciado Alonso Fernández de Avellaneda tuvo por cuerpo y alma a cierto Juan Martí, valenciano y ya continuador clandestino de obras ajenas, puesto que con el seudónimo de Mateo Luján de Sayavedra se había anticipado al propio Mateo Alemán en la publicación de una segunda parte del “Guzmán de Alfarache”.

Tratábase por lo tanto y en opinión de Groussac, de un reincidente que habría cambiado el alias de Sayavedra por el de Avellaneda para perpetrar el nuevo delito.

¿Por qué el propiciador de esta nueva candidatura, preparado a ello por su cultura y su suspicacia, no se preocupó, en sus andanzas por España, de averiguar qué destino había deparado la suerte al personaje que introduce en el cotarro de los posibles Avellanedas?

Cuando jueces o historiadores de cualquier jerarquía eligen a un sujeto de carne y hueso como autor presunto de un delito en vías de esclarecimiento, no omiten nunca la elemental precaución de seguir los pasos de su candidato y precisar dónde se encontraba y qué es lo que hacía en el momento de cometerse el hecho que se investiga.

¿Por qué no tomó tan elemental recaudo Groussac al iniciar la polémica de mayor empeño de toda su carrera?

No le faltó ocasión, puesto que estuvo en España en vísperas de publicar “Une Enigme Littéraire” (1) y que, apenas publicada esta obra o mientras vigilaba las pruebas de la misma, hacía imprimir y “corregía” en Madrid la primera serie de “El Viaje Intelectual”. (2)

La explicación deberá buscarse en el carácter del escritor y en la posición de combate adoptada por él en esta emergencia.

Para investigar algo de lo mucho que podía existir, respec-

(1) *Idem*, p. 137.

(2) GROUSSAC, *El Viaje Intelectual*, Primera Serie, ed. Victoriano Suárez, Madrid, 1904: “Fe de Erratas: Entre las erratas innumerables que empeoran las condiciones de este libro (corregido e impreso en España”).

to de Martí, fuera de los libros y ediciones corrientes, habría tenido Groussac que alternar, conversar y discurrir con esos "cervantistas" a los que se aprestaba a poner en la picota. Hubiese tenido también que descubrirles total o parcialmente su "hallazgo"; y pese a la indiferencia filosófica con que afecta considerarlo en más de una ocasión, es evidente que no lo tiene por cosa baladí y que no se halla dispuesto a compararlo.

Antes de la intervención obligada de D. Marcelino, dos hispanistas de primerísima fila, Foulché-Delbosc y Morel-Fatio dieron buena cuenta del andamiaje científico desde el cual se construyó la solución de Groussac.

El primero, Foulché-Delbosc, uno de los hispanistas mejor predispuestos hacia su compatriota, estableció sin réplica alguna posible como el patrocinador de Martí no supo "defenderse de una especie de "auto-sugestión" — la actitud menos científica en estos casos, — y que le impulsa a extraer conclusiones harto más rigurosas y apodícticas de lo que permiten las premisas respectivas. (1)

Morel-Fatio, a su vez, propinó una magistral lección de crítica filológica al "Edipo recién llegado de las Pampas".

El eminente profesor del "Collège de France" da a su estudio un título cruelmente exacto: "Más es el ruido que las nueces".

"Pour arriver à fondre Avellaneda et Martí, dice Morel-Fatio, ce ne sont plus les locutions d'origine locale qui deviennent intéressantes, mais plutôt celles qui tenant au style personnel de l'écrivain, se rencontrent dans l'un et dans l'autre ouvrage. Or celles qu'il produit et que nous avons discutées . . . n'ont pas ce caractère personnel qu'il s'agit d'établir, parce qu'elles sont, en somme, assez insignifiantes et qu'on les voit en usage ailleurs. Il y en a cependant dans les deux livres d'assez significatives et précisément ces locutions qui sont propres soit à l'un, soit à l'autre, vont à l'encontre de la solution imaginée par M. Groussac. Il est rare qu'un écrivain n'ait pas quelque manie, quelque tic, ne préfère pas telle façon de s'exprimer à telle autre qu'il pourrait aussi bien employer . . . En Avellaneda "ello es verdad que". "a la que" ou il faut sous enten-

(1) *Revue Hispanique*, 1903, p. 304.

dre "hora" En Marti, "aunque . . . pero (ou "empero")... Parlerons-nous du style? Je ne dirai pas que Marti écrit bien et qu'il écrit mieux qu'Avellaneda, mais je dirai que son vocabulaire et beaucoup plus riche, que sa phrase est plus ferme et plus nourrie, parfois même d'une concision difficile, alors que l'autre s'abandonne et se déboutonne". (1)

He aquí a lo qué venían a parar las intenciones de "resolver científicamente ce problème", enunciadas por Groussac.

Y falta todavía la réplica de D. Marcelino, provocado a darla, más que en reparo del propio prestigio, en defensa de esa cultura española por la que ha rota ya tantas lanzas.

Llega la oportunidad de esa réplica con la edición barcelonesa del "Quijote de Avellaneda", precedida de una introducción por don Marcelino Menéndez y Pelayo". (2)

Aunque no tuviera otros valores, y los posee en abundancia, esa "introducción ofrecería el interés de brindar la última oportunidad de mostrar sus garras "al Menéndez y Pelayo partidista y acre de los primeros libros", y la única, según nos parece, en que, en un solo escrito, se ve al polemista incontrarrestable y leonino ceder paulatina y visiblemente la palabra al "melancólico y sereno patriotismo que envuelve como un suave velo las obras del maestro, llenas de bellezas admirables de forma y de aciertos maravillosos de crítica". (3)

La primera parte de esa "Introducción" contiene un estudio breve y exhaustivo de las ediciones y adaptaciones del "Quijote" de Avellaneda.

Una nota de la primer página, quizás puramente objetiva, hecha tal vez con propósitos exclusivos de información erudita, parece, ello no obstante, iniciar la polémica.

Dicha nota consigna que "en su obra inédita" "Junta de libros, la mayor que España ha visto en su lengua" (manuscrito de la Biblioteca Nacional), Tamayo no da a entender que Avellaneda fuera seudónimo: le cataloga como autor real

(1) *Bulletin Hispanique*, 1903, ps. 371 a 377.

(2) "El Ingenioso Hidalgo don Quixote de la Mancha" compuesto por el licenciado ALONSO FERNÁNDEZ DE AVELLANEDA, ed. Toledano, López y Cía., Barcelona, M. C. M. V.

(3) SÁINZ Y RODRÍGUEZ, PEDRO, "Las Polémicas sobre la Cultura Española", p. 43.

que “sacó con desigual gracia de la primera, la segunda parte del “Quijote”. (1)

Sin mencionar a Groussac para nada, hasta ese momento, apunta D. Marcelino una constancia erudita, probablemente desconocida por aquél, pero que no invalidaría menos a Alonso Lamberto que a José Martí.

A la terminación de esa primera parte de la “Introducción” puede leerse: “A continuación de mi carta (la escrita a D. Leopoldo Rius y Lloseras sobre “la nueva conjetura”), me haré cargo, aunque brevemente, de la nueva solución propuesta con gran estrépito por Mr. Paul Groussac en su curioso libro “*Une Enigme Littéraire*”, y gracias al inesperado concurso de buenos amigos, mostraré sin trabajo ni mérito propio, que el señor Groussac, a pesar de la intemperancia y descortesía con que trata a todos sus predecesores, nada prueba ni resuelve nada, y deja la cuestión como estaba”. (2)

Es imposible no solidarizarse con el resumen que allí se anticipa o dejar de admirar la elevación moral del tono con el cual se anuncia el resultado.

Adviértase que el mérito de la demostración, “gracias al inesperado concurso de buenos amigos”, D. Marcelino descarta expresamente la posibilidad de que puedan atribuirse a “trabajo o mérito propio”.

Sin embargo, al ataque colectivo que se hacía a “los cervantistas” en “*Une Enigme Littéraire*” era natural que respondiera la solidaridad de los agredidos, y ninguno más merecedor que el autor de esa “Introducción” de representar con dignidad suprema a sus colegas ni de contar entre ellos “con buenos amigos”. ¡Y qué contraste “con la intemperancia y descortesía” del común agresor!

Pero hay que convenir en que el contraste se atenúa, en nota puesta en la página XV a “la carta subsiguiente”. Al pasaje de ésta que descarta las suposiciones que ven en Avellaneda a un personaje de importancia social o literaria, el D. Marcelino combativo de los años mozos añade: “con mu-

(1) Introducción al “Quijote” de Avellaneda, p. VII. También Foulché-Delbosc, en el artículo citado de “*La Revue Hispanique*” se inclina a admitir la realidad histórica del licenciado Avellaneda.

(2) *Idem*, p. XIII.

cho estrépito y tropel de desvergüenzas, esto es en el fondo lo mismo que viene a decir el Sr. Groussac, grande enemigo de las que llama tesis "megalómanas"... ¿Y entonces por qué tanto encono contra los que antes de él han pensado lo mismo?"

Al Mr. Paul Groussac, de la primer mención, convertido ahora en "señor", se le recuerda lo que debe a hipótesis anteriores y que su tono destemplado obedece, quizás, al deseo de no reconocer tal deuda. En igual sentido, cita Don Marcelino pocas páginas más tarde (p. XX), el libro de Tubino, "Cervantes y el Quijote": "Este libro contiene la mejor impugnación que hasta ahora se ha hecho de la hipótesis de Aliaga. Ni yo, ni el señor Groussac (me nombro antes porque así lo exige el orden cronológico) hemos añadido nada en particular a esta demostración irrefutable, a pesar del énfasis con que el escritor francés anuncia que su análisis va a derramar mucha luz sobre los extravíos de la crítica española contemporánea. Tubino, a quien paso a paso sigue, era tan español como los demás eruditos (la mayor parte ya difuntos) a quienes el señor Groussac insulta sin ton ni son".

"Mr. Groussac", "el escritor francés", "los eruditos españoles", ¿no es fácil comprobar que el resentido por los vejámenes de Groussac es más el patriota, el sostenedor de "La Ciencia Española", que el simple particular?

Y esta susceptibilidad nacionalista irrumpe en la nota que lleva la página XLIX de la "Postdata": "Va picando en historia la manía que tienen algunos hispanistas franceses (no exceptúo a los más ilustres) de usar a cada momento subrayadas palabras de nuestra lengua que nada tienen de particular, y que pueden traducirse en francés por otras equivalentes... España, aunque sea un árbol caído del cual todos hacen leña, tiene derecho como cualquier otro pueblo a que no se tomen en chunga su lengua, su historia y sus costumbres".

Ese patriota es el que se duele de la "hispanofobia" tan grata a los criollos y a los que llama "españoles afrancesados", de los cuales ve un ejemplo en D^a Emilia Pardo Bazán, que acababa de publicar en "La Lectura" un artículo "entusiasmándose algo prematuramente con el libro y las ideas del señor Groussac y exponiéndolas a su modo (p. XLVIII)".

Breves notas, no texto intercalado, sino "notas" de la re-

editada carta sobre la nueva conjetura" bastan a D. Marcelino para levantar la mayor parte de los cargos de su agresor y devolvérselos con creces.

"Une Enigme Littéraire" tildaba de "crítica de seminario" algunas opiniones del sabio español respecto de Zola, D. Marcelino cita el parecer no menos severo y "nada de seminario" de Anatole France, sobre el mismo escritor. Rechaza, en cambio, las que le atribuye Groussac sobre Rabelais (p. XVI), sobre el sentido "simbólico o tropológico" de textos cervantinos (p. XLV) y le demuestra cantidad de inexactitudes incompatibles con las técnicas eruditas más elementales. Mencionemos solamente a dos, en el texto irremplazable del autor: "El Sr. Groussac, que tanto alarde hace de sus escrúpulos de exactitud aprendidos, según dice, en las novelas de Mérimée (pág. 275), no es muy exacto que digamos, cuando me atribuye gratuitamente el honor de haber impugnado "bastante bien" la candidatura de Gaspar Scioppio. Muchas gracias, pero la verdad es que para nada hablé de semejante sujeto en mi carta (p. XVII)"; "La Pícara Justina" y no "El Pícaro Justino", como dice el Sr. Groussac (pág. 100) confundiendo además el libro con su autor, puesto que le llama personaje sin importancia (p. XXIV)".

Con estas simples "notas" y los artículos magistrales de Foulché Delbosc y Morel Fatío habría bastado para reducir la nueva hipótesis a sus verdaderas proporciones. El público esperaba y consiguió más: Menéndez y Pelayo respondió directamente a Groussac, y esa respuesta lleva el título no menos humilde que humillante de "Posdata". Humilde, porque esa respuesta de ocho páginas es una de las obras maestras de la literatura polémica castellana; humillante, porque es en "posdata", en ocho paginitas de una "Introducción" consagrada a temas contiguos, que se replica y pone decisivo punto final al libro descomedido con que se pretendió malbaratar a la crítica española.

Comienza la réplica explicando las alusiones anteriores al libro de "Mr. Paul Groussac, literato francés . . . y director de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires, persona de mucha cultura e ingenio y elegante escritor en francés y en castellano (p. XLVIII)".

A lo que sigue poco después la advertencia: "Yo no he de

imitar la petulancia y acrimonia con que escribe el Sr. Groussac, que contagiado sin duda por la llaneza democrática del Nuevo Mundo, ⁽¹⁾ parece haber olvidado del todo la tradicional cortesía francesa. Ningún género de malquerencia siento por su persona, ni siquiera me doy por ofendido por su libro. ¿Qué vale lo que dice él de mí, ni de los demás contemporáneos (que, al cabo, es un vejamen literario aunque destemplado en la forma) al lado de las atroces insinuaciones cuando no descubiertas injurias, que a cada momento lanza sobre el carácter moral de Miguel de Cervantes, sin perjuicio de zaherir la estrechez de su "pobre cerebro", tratándole con cierta desdeñosa compasión como un idiota de genio, que en un solo momento de su vida, acertó por casualidad, a la manera del burro flautista, sin duda para dar ocasión a que el señor Groussac hiciera su panegírico en términos muy semejantes a los que usaba Tomé Cecial hablando de la hija de Sancho Panza (ps. XLVIII y XLIX)" . . . El autor recela que su libro no será del agrado de todos, y provocará algunas respuestas, pero esto nada le importa; porque las tales respuestas carecerán de "esprit philosophique" y aún de todo género de "esprit", cosa inevitable en España, donde desde el académico más soplado hasta el más ínfimo foliculario todo el mundo tiene "la misma ligereza y la misma pesadez, la misma incapacidad de reflexionar, de comprobar, de entender y de aprender". Y perdone Vd. por la cortedad de los denuestos. . . Por mi parte puede estar tranquilo el señor Groussac. Las ligeras observaciones que siguen no tendrán ningún género de "esprit", ni siquiera el "esprit de commis voyageur" que campea en las amenas páginas de "Une Enigme Littéraire", como cumple a un libro francés de exportación, escrito para las repúblicas del Plata. Ni siquiera me tomaré la fácil ventaja de poner al Sr. Groussac en contradicción consigo mismo, probándole que su monomanía contra España es muy reciente, y que todavía hace siete años pensaba y sentía de un modo

(1) Para apreciar el alcance de la ironía sin pedal practicada por Don Marcelino, hay que tener en cuenta la descripción hecha por el mismo Groussac, en "Del Plata al Niágara", generosamente elogiado ocho páginas más lejos, de esa "llaneza democrática" (ver "Del Plata al Niágara", ps. 223 a 224, 364 a 365, 411, 413 a 414, 424, 446 a 447, etc.).

diametralmente opuesto, como puede ver el curioso en el discurso que pronunció en 2 de mayo de 1898 en una función celebrada “bajo el patrocinio del Club Español de Buenos Aires (XLIV y L)” .

Recuerda luego como las observaciones estilísticas de Morel-Fatio quebrantan las inducciones de Groussac respecto a la identidad entre Avellaneda y Martí, para llegar al resumen en que su autor condensaba la nueva tesis: “Si no se admite que Martí y el seudo Avellaneda sean la misma persona, hay que admitir “necesariamente” los hechos siguientes. Existieron en España durante los años 1600 a 1613 dos escritores nacidos en Valencia, poco más o menos al mismo tiempo (!). Los dos habían estudiado en Alcalá (?), viajado por los mismos países (?), llevado la misma vida de aventuras, tenían gustos idénticos (!), igual predilección por la orden de los dominicos, y pertenecían uno y otro a la cofradía del Rosario que no contaba más que ciento cincuenta miembros por provincia: habían conocido los dos y admiraban personalmente a Lope de Vega, habían ejercido las mismas profesiones (!), escribían en el mismo estilo con los mismos giros valencianos y los mismos vocablos exóticos, etc., etc.”

Escasas notas puestas por D. Marcelino y complementarias de los interrogantes y puntos de exclamación que erizan el texto bastan para sugerir: 1º que luego se verá si Martí vivió hasta esa fecha; 2º que éste último había nacido en Orihuela, pero que “Sabe Dios de dónde sería Avellaneda”; 3º “De Avellaneda ¿qué aventuras podrán contarse, cuando ni siquiera hemos podido todavía averigüar su nombre? En cuanto a Juan Martí las pocas noticias que tenemos de él indican que fué persona muy sosegada y respetable, aunque el Sr. Groussac, aplicándole todo lo que Mateo Alemán dice del pícaro Sayavedra, se empeña en presentarle como un tunante parásito y famélico”; 4º que Martí nunca habló de la orden de los dominicos, “y una sola vez de la devoción del Rosario tan familiar a todos los buenos católicos. El predicador que transitoriamente catequizó a Guzmán y le hizo mudar de vida, no era un dominico, como supone Groussac, sino un agustino, como ha notado muy bien Morel-Fatio”.

Se vé, pues, lo poco que restaba en pie de la tesis de Grou-

ssac y las ilusiones que se había forjado en lo que se refiere al rigor de su método.

Y “como el Señor Groussac es ante todo un espíritu científico habituado a no rendirse más que a la evidencia experimental”, porque ha visto que “las inducciones más especiosas se derrumban ante el contacto de los hechos”, no deja de sentir algún recelo ante “este conjunto de pruebas parciales, que no tienen carácter de certidumbre”. Pero muy pronto recobra sus bríos afirmativos, porque “el escepticismo exagerado es también una forma del error” y puede haber “otras certidumbres que las que nacen de la experiencia directa o de la demostración geométrica” y en último caso el Sr. Groussac queda a salvo “presentando la alternativa lógica que resulta de los hechos establecidos (p. LIV)”.

Demuestra D. Marcelino a continuación, con pruebas irrefutadas hasta hoy y muy probablemente irrefutables: “que entre las conjeturas sobre el “Quijote” de Avellaneda las hay moralmente absurdas, como la de Fr. Luis de Aliaga, pero no hay ninguna “físicamente imposible” más que la del Señor Groussac. Él es el único que ha tenido la ocurrencia de levantar un muerto para endosarle este póstumo regalo (página LV)”. (1)

En efecto, el candidato propiciado en “Une Enigme Littéraire” había fallecido en los últimos días de diciembre de 1604.

De lo cual resulta que “el supuesto continuador y émulo de Cervantes, no pudo ni siquiera leer impresa la primer parte del “Quijote”. ¡Gran lástima para él, y sobre todo, para el Sr. Groussac, que ha gastado tanta prosa en balde, justificando el proverbio que le recuerda Morel-Fatio: “mucho ruido y pocas nueces”. Por esta vez no se ha lucido mucho el Sr. Groussac en el manejo de “aquel instrumento delicado y poderoso con que un Renán o un Taine han penetrado el alma de las razas a través de la obra de arte, y descubierto los prin-

(1) El apéndice puesto a esta “Introducción” por el SR. SERRANO MORALES (ps. LVII a LXIV) y en el que se reproducen los documentos respectivos, no deja lugar a dudas sobre la identidad del Micer Juan José Martí a cuya muerte en 1604 se hace referencia y que es el patrocinado por Groussac como el auténtico Avellaneda.

Sólo veinte años más tarde, sin oportunidad ni argumentos atendibles, pensó el autor de “Une Enigme Littéraire en desconocer tal identificación.

cipios activos de toda civilización”. El tal instrumento, aplicado por él al cadáver de Martí, no difiere mucho de la “ridicule lardoire”, del asador de cocina que usamos para estos menesteres los pobres críticos españoles”.

Aun en el manejo de la ironía y en la ejercitación de represalias, ¡qué diferencia de tono y de intenciones, entre Groussac y D. Marcelino!

¿Qué actitud no habría asumido D. Pablo Groussac, si lo que tiene de azar toda polémica le hubiese deparado la posición en que se halla Menéndez y Pelayo?

Lo podemos colegir a ciencia cierta, por el tono adoptado en “Une Enigme Littéraire”, cuando el triunfo le parece indudable, o, también por el que ha empleado como vencedor de otras controversias.

En lo que no puede caber duda de ninguna especie, es que jamás se le ha visto poner fin a una polémica con la serenidad y nobleza con que Menéndez y Pelayo da término a su “posdata”: “Pero basta de fáciles ironías, que aun siendo en este caso legítimas represalias, parecen duras y pesadas tratándose de un hombre de positivo mérito, a quien su mal humor o su temperamento irascible, lleva por senderos extraviados. El que ha escrito las bellas páginas de la relación de viajes que se titula “Del Plata al Niágara” no necesita para su gloria este otro libro agrio y malévolo, que nació de un propósito de difamación y escándalo, y que ha encontrado providencial castigo, no en el fallo de tal o cual crítico (puesto que, siendo españoles a todos los desprecia por igual el Sr. Groussac), sino en la fuerza brutal e irresistible de los documentos. La aventura es curiosa y tiene algo de ejemplar. Yo en mi candoroso providencialismo, del cual se reirá seguramente el señor Groussac, creo que las malas acciones nunca dejan de tener cierta pena aún en este bajo mundo. Y mala acción es, sin duda, un libro de este género, aunque no diré que de las más graves”.

La aventura fué todavía más curiosa y ejemplar de lo que la creía D. Marcelino. Tuvo prolongaciones que el sabio español no pudo conocer.

Por los mismos tiempos en que controvertía respecto de Avellaneda, D. Pablo Groussac que parecía tener el propósito de escalar al mayor número posible de los biblioteca-

rios que eran sus colegas, entabló polémica naturalmente airada y despectiva con D. Ricardo Palma. (1)

He aquí, como juzga en "posdata" la respuesta que el bibliotecario limeño diera a sus fulminaciones: "El señor don Ricardo Palma replicó, naturalmente, a esta crítica (fuera imposible concebir a un escritor hispanoamericano que aceptara la más fundada crítica sin protestar contra ella). La breve respuesta que el señor Palma publicó en un diario de Lima, se componía de dos partes igualmente insignificantes: 1ª una serie de ayes lastimeros, entremezclada de insinuaciones malévolas respecto de mis procederes polémicos; 2ª de una enmarañada noticia acerca de los papeles de Bauzá existentes en el "British Museum". Ninguna de las dos partes contiene el menor principio de prueba contra mi argumentación; y me limité entonces, como ahora mismo lo hago, a acusar recibo de la alegación de su autor". (2)

¿No merecía la hidalguía mostrada en esa polémica por Menéndez y Pelayo que el Sr. Groussac "aceptara la más fundada crítica sin protestar contra ella" o, por tratarse de una controversia en que ya se habían cruzado los alegatos, que ninguno de los controversistas esperase la muerte del otro para reabrir el debate?

D. Marcelino vive todavía siete años, después de publicada su réplica al Sr. Groussac. Este último, consecuente con el desdén que muestra hacia los escritores hispanoamericanos "incapaces de aceptar la más fundada crítica sin protestar contra ella, ha guardado un silencio "europeo" respecto a la sonada polémica.

En 1919, a los siete años de muerto Menéndez y Pelayo, diez y seis años después de publicado "Une Enigme Littéraire" y catorce más tarde del último y noblemente triunfal alegato de su contradictor, D. Pablo Groussac aprovechó la invitación de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, para volver sobre el tema.

¿Qué habría dicho el satírico implacable que zahería el parto "diecisiete mesino" de un viejo adversario, de esta mo-

(1) *Tropezones editoriales*, publicado primero en "Anales de la Biblioteca", 1902; recopilada luego en "Crítica Literaria", ps. 369 y ss.

(2) GROUSSAC, *Crítica Literaria*, p. 393.

rosidad anómala o calculada que hace concebir a un espíritu a los catorce años largos del contacto fecundador?

¿No recordaba ya Groussac sus propias palabras sobre la necesidad de resolver “científicamente” el problema Avellaneda, y de resolverlo para “acatar la solución, no como esos niños inveterados que la aceptan cuando favorece a su tesis y la descuidan cuando la contraria”?

Manifiesta entonces Groussac que, quizá; s, sus auditores conozcan algún eco “de cierta controversia cervantina, siquiera por las finezas con que el más ilustre de los literatos españoles contemporáneos amenizara la polémica, y de las que siento no haberle acusado, en debida forma, el correspondiente recibo, no pensando que desapareciese tan prematuramente”. (1)

Se ve, pues, que D. Marcelino no supo elegir el momento de morir, y hasta en tal coyuntura Groussac le niega su aprobación.

Pero nada equivale a la lectura del original:

“En cuanto a mi eminente contradictor, nunca pensé en desconocer sus merecimientos, si bien dejaba a sus paisanos la grata tarea de exagerarlos. Me complazco en conceder que su exuberante producción literaria, necesariamente superficial en proporción de su esparcimiento, rescata, a semejanza de un arroyo de serranía, su poca profundidad con lo cristalino de su raudal. Admiro esa prosa de casi impecable corrección, dechado de elegancia académica: ella podría competir con la de nuestro célebre y ya olvidado Villemain, si, menos reñida con la gracia risueña, lograra desprenderse de cierta exornación escolar y husmo de sacristía o seminario, hasta en materia profana. Fué Menéndez y Pelayo un bibliófago insaciable, servido por una memoria prodigiosa; si bien vivió congestionado por esa inmensa lectura mal digerida, confundiendo fatalmente el saber literario — simple acopio de cosecha ajena, o cuando más, absorción asimilativa de extraña materia — con la ciencia, que es descubrimiento propio, y el arte, que es creación. Eximio vulgarizador, derramó en innumerables glosas e interminables introducciones el fruto de sus compilaciones, sin alcanzar la personalidad en el estilo, como tampoco

(1) *Crítica Literaria*, p. 2.

la originalidad en la idea. Después de una existencia meritoria consagrada toda al estudio, desaparece entero, no dejando un hallazgo en la historia literaria ni una huella propia e indeleble en la crítica. Está a la vista que del insigne compilador quedará muy poco más que el nombre: su gloria vitalicia ya empieza a borrarse, como fotografía mal fijada. Algunos de sus fervorosos adictos de ayer confiesan hoy — me consta personalmente — cuán pesada se les hacía a ratos esa intrusión (por ellos mismos fomentada) de “*Petrus in cunctis*”: acaso este conato de emancipación tardía, a raíz de tanto servilismo, suministre la prueba más abrumadora de haber sido esa dictadura de treinta años sobre las letras castellanas, tan nociva a los caracteres como a los talentos”. (1)

Sea cual sea el aprecio que se tenga por Groussac, es indudable habría sido preferible se abstuviera de escribir esas líneas, harto más incómodas para la memoria del redactor de las mismas que para la gloria de aquél contra el cual van dirigidas.

Ramón y Cajal, otra gloria española como Don Marcelino, ha hecho por anticipado y sin sospechar el aborto rencoroso y tardío del polemista francés, un resumen parcial de esta actitud: “Con razón nota La Rochefoucauld: “todo el mundo se queja de su memoria, pero nadie de su juicio”. Precisamente por esto, los envidiosos del mérito relevante para herirle en lo más vivo, suelen decir: “tiene un memorió que espanta, pero el pobre carece de sentido común”. (2)

El sabio español omite otra posición consuetudinaria en los mismos émulos solapados del Costecalde de Daudet: la que consiste en decir, muy a regañadientes: “vale algo, pero no tanto como dicen o como él se piensa”. Y en ese margen indeciso, en la desproporción insinuada los tasadores infalibles hallan ancho respaldo para su emulación de baja ley.

No cabe sino lamentar que aún de no figurar entre ellos, D. Pablo Groussac los recuerde tanto en procedimientos dialécticos y en estilo.

¿Cómo no ha advertido el autor de “*Une Enigme Littéraire*” que cuando se ha dejado sin respuesta a un contradictor

(1) GROUSSAC, *Crítica Literaria*, p. 3.

(2) RAMÓN Y CAJAL, *Charlas de Café*, págs. 134 y 135.

en vida y victorioso durante siete años ⁽¹⁾, se ha perdido también el derecho de responderle, siquiera indirectamente, catorce años más tarde, y cuando hace ya más de un lustro que el adversario bajó a la tumba? ⁽²⁾.

Y si se piensa que el sobreviviente ha dispuesto de ese magno espacio para alquitarar su bilis y satisfacer en esos epigramas e insinuaciones malévolos su mezquino rencor de vencido, vuelven inevitablemente al recuerdo dos frases de D. Marcelino.

La primera, al prever: "este discurso (el pronunciado "Por España"), nos indemniza hasta cierto punto de las atrocidades que luego ha escrito y seguirá escribiendo el Sr. Groussac" ⁽³⁾. Adivinó el sabio español que no era su contradictor de los que se callan, de los que "aceptan la más fundada crítica sin protestar contra ella" ⁽⁴⁾, y una vez más ese mismo contradictor se encarga de darle toda la razón.

Lo que no pudo prever Menéndez y Pelayo es el momento que elegiría su adversario "para acusarle, en debida forma (?), el correspondiente recibo . . . de las finezas con que amenizara la polémica". Y repetimos que no debió esperar tal cosa, porque en las polémicas, como en otras formas de combate, hay golpes vedados.

Otra frase "del más ilustre de los literatos españoles contemporáneos", invenciblemente evocada por esta nueva actitud de Groussac, es aquélla en que exclama: "¡Qué triste vanidad es la literatura entendida de este modo!".

Triste, muy triste, en verdad, porque esa es la interpretación de la literatura a través de un temperamento polémico, que busca en ella la satisfacción de la guapeza dialéctica, del ansia destructiva, el éxito personal, en resumen, y no lo único que puede disculpar tales exterioridades: el triunfo de una causa superior a la propia transitoria individualidad.

(1) Las conferencias fueron dictadas en 1919, pero el libro que las contiene es de 1924.

(2) Geoffroy se negó a reabrir la polémica sostenida con Cuvier, a partir de la muerte de su adversario.

(3) Introducción citada, p. XLVI.

(4) Palabras de Groussac, pero de un Groussac que no esperaba o que ha habido olvidado la situación que le correspondió en la polémica con Menéndez y Pelayo.

Esa es la diferencia esencial que media entre Pascal y Menéndez y Pelayo, por una parte, y Groussac, Clarín o Rochefort, por la otra.

Todo lo anterior no puede hacernos olvidar lo que contienen las líneas transcriptas de aquella conferencia en más directa relación con nuestro tema.

En esa conferencia de 1919, publicada en libro cinco años más tarde, nada hay en defensa de la vieja hipótesis que identificaba a Martí con el licenciado Avellaneda.

Groussac niega lo siguiente: "Por lo demás, el papel denigrativo que mi apasionado contrincante me atribuía nunca fué el mío, según pronto lo comprobaréis". Párrafo precedido, pocas líneas antes, por la declaración: "Entre tanto, me permito pensar que Menéndez y Pelayo, implacable inquisidor de heterodoxias, ha exagerado la mía respecto de Cervantes. Mostrándose, en efecto, más católico que el papa, no admitía la presencia del nombrado "abogado del diablo", que nunca falta en un proceso de canonización, y es sabido está llamado a formular las objeciones atendibles". (1)

Así, pues, según las conferencias aludidas toda la polémica con Menéndez y Pelayo habría versado respecto a la cultura y conducta de Cervantes o sobre el enigmático soneto de "Solisdán", cuya "solución — añade Groussac — me reconocen todas las ediciones recientes del "Quijote", contra la negación gratuita del que "lo sabía todo". (2)

Y por lo que dirá en sus conferencias de 1919, pretende Groussac demostrar que su libro de 1903 no tuvo el carácter "denigrativo" que le hayan cuantos lo han leído.

De la candidatura Martí y de las innumerables trocatintas o descarrilamientos eruditos puntualizados por Morel-Fatio o Menéndez y Pelayo, no dice el Sr. Groussac ni una palabra. Lleva su discreción hasta estudiar la vida y la obra de Cervantes, en 46 páginas, sin mencionar siquiera el "Quijote" de Avellaneda y las conjeturas que esta obra haya podido inspirar.

(1) *Crítica Literaria*, p. 2.

(2) *Idem*, p. 39. La negativa de D. Marcelino no es "gratuita", sino fundada (véase la *Introducción* al "Quijote" de Avellaneda, tantas veces citada, p. XLVI).

No, por de contado, porque se halle dispuesto a reconocer algunos de los tropiezos críticos patentizados entonces. "Une Enigme Littéraire" es objeto de reiteradas y satisfechas menciones durante aquellas conferencias. De no conocer el libro más que por lo que del mismo su autor allí se complace en mencionar, habría que tenerlo por una obra maestra de crítica cervantina. Fitzmaurice-Kelly la elogia ⁽¹⁾, Morel-Fatio termina por darle razón ⁽²⁾, Groussac vuelve complacientemente a opiniones allí vertidas, Lenz "ha tenido la lealtad de rectificar" una etimología de su "Diccionario de voces chilenas" de acuerdo con el pasaje respectivo de "Une Enigme Littéraire", etc. ,etc.

Pero para nada se menciona a la hipótesis sobre Martí en ninguna de esas disertaciones académicas.

¡Y cuántos equívocos laboriosos, cuántas ofuscaciones tenaces del amor propio irreductible, en esas menciones!

Fitzmaurice-Kelly, "el bien informado catedrático de Liverpool, a quien, como a tantos otros — afirma el disertante — me corresponde agradecer apreciaciones benévolas" y al cual compara con el "Sosie" de Molière, es autor de cierta vida de "Miguel de Cervantes" a la que se refiere Groussac. ⁽³⁾

El "cauto Fitzmaurice", ⁽⁴⁾ como también le llama Groussac, está aún más obligado, por la índole de su obra, a ser "el concededor de todo el mundo cervantino", que "l'ami de tout le monde", como "le Sosie" de Molière.

En esa elaboración erudita, donde "L'ami de tout le monde" trata de no olvidar a nadie, el autor de "Une Enigme Littéraire" es mencionado en todo y por todo apenas dos veces, y ninguna de ellas para darle razón.

La primera, en nota de la página 42, para recordar: "El Sr. Paul Groussac ("Une Enigme Littéraire. Le Don Quichotte d'Avellaneda", París, 1903, pág. 40), supone que Ac-

(1) *Crítica Literaria*, p. 5.

(2) *Idem*, p. 9, nota.

(3) JAIME FITZMAURICE-KELLY, *Miguel de Cervantes Saavedra*, 2d. Universidad de Oxford.

(4) *Crítica Literaria*, p. 8.

quaviva era ya cardenal cuando Cervantes entró a su servicio (Mayo 15, 1570). El Sr. Morel-Fatio (*Cervantes et les cardinaux Asquaviva et Colonna*, en el "Bulletin Hispanique", Bordeaux, 1906, vl. VIII, p. 256) concurre con este sentir".

Nota, que Groussac comenta a su vez al pie de la página 9 de su "Crítica Literaria", con estas líneas: "En su "Miguel de Cervantes", Fitzmaurice escribe que en este pasaje, la opinión de Morel-Fatio concuerda con la mía, pero omite citar la nota misma de dicho profesor que dice así: "En relisant ces pages, je m'aperçois que M. Paul Groussac ("Une Enigme Littéraire") . . . pense aussi que Cervantes, etc." . . . La sal de esta nota reside en que Morel-Fatio escribió un artículo minuciosamente mal intencionado sobre mi "Enigme Littéraire" a raíz de su opinión, 1903, y que fué cuatro años después cuando leyendo sus líneas, vino en "descubrir" mi descubrimiento, o sea la coincidencia de su parecer con el mío".

La sal no tiene el "sabor" que se complace en atribuirle Groussac. Morel-Fatio estudia y dilucida puntos ⁽¹⁾ que para nada ha tratado el autor de "Une Enigme Littéraire". Solo por un escrúpulo erudito, encomiable en cualquier instancia del recuerdo, menciona el profesor del Colegio de Francia la coincidencia con el escritor al que administró corrección tan merecida tres años antes. Y, contra lo que Groussac desearía, quizás, dar a entender, esa mención cortés no supone en ningún modo rectificar el juicio condenatorio dictado por el mismo ilustre hispanista sobre el conjunto de "Une Enigme Littéraire". Menos todavía, si cabe, que el descubrir Morel-Fatio esa coincidencia implique algún aprovechamiento del esfuerzo ajeno, pues el camino por el cual Morel-Fatio llega a tal hallazgo es totalmente distinto del seguido por Groussac.

La otra oportunidad en que Fitzmaurice trae a colación la

(1) MOREL-FATIO, *Cervantes et les cardinaux Asquaviva et Colonna*, "Bulletin Hispanique", vol. VIII. La nota de Groussac apareció naturalmente por primera vez en el libro mencionado, el año de 1924, año de la muerte de Morel-Fatio. El hispanista francés también murió sin conocer la réplica que, a veinte y un años de distancia, daba el autor de "Une Enigme Littéraire" al artículo respectivo del "Bulletin Hispanique". Hubo en todo esto si se quiere un azar desdichado. Pero, ¿qué hubiera dicho de la morosidad de estas réplicas el polemista que satirizaba en los adversarios los "partos diecisiete meses"?

hipótesis del polemista francés, aparece registrada, también en nota, al pie de la página 213. Y es para dejar constancia de que: “Algunos de los conatos de identificación (de Avellaneda) están anotados en las “Complete Works of Miguel de Cervantes Saavedra” (Glasgow, 1901), vl. III, pp. XVII-XXIX. *Miras más ingeniosas, aunque no más convincentes*, ha traído hace poco a esta discusión, infructuosa hasta la fecha, el Sr. Groussac en un volumen titulado “Une Enigme Littéraire. Le Don Quichotte d’Avellaneda”.

He aquí a lo que se reducen en puridad de verdad los supuestos testimonios de aprecio o palinodias que Groussac atribuye a Fitzmaurice-Kelly y a Morel-Fatio.

¿Acaso el hecho de mencionar algunas ediciones del “Quijote” la identificación que hace Groussac entre el “Solisdán” del Soneto célebre y el Lasindo del “Amadis”, dan a ese anagrama mayor fuerza demostrativa de la que tiene en el panfleto original?

Pero ya veremos el alcance todavía más abusivo que se pretende dar a tales constancias en otra controversia cercana.

En cuanto a la imputación según la cual la “dictadura de treinta años (ejercida por D. Marcelino) sobre las letras castellanas” ha sido “tan nociva a los caracteres como a los talentos”, dejémosla por cuenta del que la hace, y digamos para terminar con esta parte enojosamente personal de cotejo directo entre ambos polemistas, que así como no ha terminado jamás Groussac una controversia con la serenidad y nobleza con que D. Marcelino se dirigía a él para elogiar “al que ha escrito las bellas páginas de la relación de viajes que se titula “Del Plata al Niágara”, tampoco Menéndez y Pelayo ha aprovechado de las ventajas que da el dirigirse a un adversario muerto para volcar sobre él un manojo de ortigas, como el que lleva a su tumba el contrincante de veinte años atrás.

Y, en lo referente a la “dictadura” denunciada por Groussac por “tan nociva a los caracteres como a los talentos”, ¿quién no hallaría ventaja en trocársela, en aras de talentos y caracteres, por la que entre nosotros ha ejercido el polemista francés?

Un lema que el autor de “Une Enigme Littéraire” conocía perfectamente, pero practicaba a su modo, enuncia el principio

dialéctico de que “on doit aux vivants des égards; on ne doit aux morts que la vérité”.

Es verdad. Nadie admite el absurdo de que la muerte pueda mejorar retrospectivamente las vidas que ha truncado. Ni la historia ni la crítica literaria serían posibles de respetarse a semejante prejuicio.

Pero esa forma de crítica que es la polémica, y que supone el encuentro de dos o más adversarios en un terreno preciso y en lucha poco menos que cuerpo a cuerpo, tiene otras leyes. Y la primera de ellas sería la de no buscar un desquite a esos entreveros en el pugilato con la propia sombra.

Si el Cid ganando batallas después de muerto cobra una grandeza legendaria, el moro que, sabiéndolo sin vida, buscase un combate singular para resarcirse de anteriores derrotas y pretendiera triunfar o infamar el cadáver, cometería una vileza.

Ni como polemista ni como caballero puede D. Pablo Grousac haber procurado tal paralelismo y sólo en la ofuscación de la controversia, por el ímpetu bravío que él llevaba a estas lides debe haber incurrido en la actitud inelegante y sin nobleza de quien golpea a un adversario caído.

¿Hasta dónde llegará el autor de “Une Enigme Littéraire” en esa actitud obcecada?

Basta recorrer doscientas páginas del libro “Crítica Literaria” para saberlo. Al final de una reedición de la polémica sobre “Los escritos de Mariano Moreno” — bien se ve como ambas controversias continúan enzarzadas, — escribe Grousac un “Post-Scriptum” de los suyos, en el cual después de elogiar con justicia un hallazgo de don Ricardo Levene se ocupa de “cierta nota puesta por el señor don Ricardo Rojas en la noticia preliminar que precede su edición de “Moreno”. (1)

En esa nota creía advertir el editor completa coincidencia de método entre el análisis del “Plan” atribuido a Moreno y los procedimientos seguidos para identificar a Avellaneda en “Une Enigme Littéraire”.

(1) *Crítica Literaria*, págs. 276 a 277.

Lo cual basta para que don Pablo Groussac monte en cólera y reabra la para él malhadada polémica cervantina, no con Menéndez y Pelayo, muerto doce años antes, ni con Morel-Fatio, que había fallecido por entonces, sino con don Ricardo Rojas.

He aquí la réplica de Groussac: "La alusión al "falso Quijote" era inevitable. Desde que mi libro produjo entre los cervantistas españoles, encabezados por el ilustre Menéndez y Pelayo, la santa indignación que no necesito describir, ha venido a ser una contraseña corriente la calificación sarcástica de mi "errónea" atribución, según el parecer de dicho Menéndez y Pelayo, autor de otra conjetura mucho más absurda que todas las emitidas hasta la fecha. Ahora bien: mi propia conjetura, pues no era otra cosa, ha sido considerada como la única que no chocaba con la verosimilitud, aún por algunos críticos severos (como Foulché-Delbosc, Fitzmaurice y el mismo Morel-Fatio) que no la consideraban concluyente. Para destruirla definitivamente fué necesario exhumar a cierto universitario valenciano, cuasi homónimo de mi Juan Marti y fallecido en 1604, lo que evidentemente imposibilitaba su presencia en el tiempo que salió a luz el segundo "Quijote". (Véase Menéndez y Pelayo, "Estudios de crítica literaria", 4ª serie). Años hace que tengo en mi poder los materiales que demuestran, no diré la verdad de mi tesis (simple hipótesis que no era por cierto el objeto principal de mi trabajo) pero sí la ninguna relación existente entre mi "héroe" y el inventado por mis adversarios, lo que por otra parte, así lo había notado ya Foulché-Delbosc en su "Revue Hispanique". Pero la sentencia pronunciada por "El que lo sabía todo" queda irrevocable para los que no saben una palabra de la cuestión; y su risotada no dejará de retumbar todavía por algún tiempo para satisfacción de los envidiosos y consuelo de impotentes" (1).

Las conferencias sobre "Cervantes y el Quijote" y el "Post

(1) *Crítica Literaria*, ps. 277 a 278. Fitzmaurice, al que con mayor razón se llama antes en el mismo libro (p. 5): "*l'ami de tout le monde*", resulta aquí "crítico severo", para apuntalar la opinión que tan arbitrariamente se le atribuye.

Scriptum” que comentamos, figuran en el mismo libro: “Crítica Literaria” de D. Pablo Groussac.

Uno de los estudios allí incluidos, “Tropezones editoriales”, termina con los siguientes conceptos: “No es, por cierto, la primera vez que hayamos necesitado denunciar públicamente el desenfado criollo con que nuestros “literatos” acometen temerariamente las empresas más extrañas a su preparación y a sus hábitos de espíritu. Semejantes descabros son inevitables en un medio de pereza e incuria, donde sólo prima la audacia petulante que reemplaza la labor paciente y la conciencia crítica con el plagio o la improvisación. . . . Con todo no desespero de iniciar con mi obra crítica una reacción saludable e nel sentido de la seriedad, de la probidad, de la verdad” (págs. 392 y 393).

Aprovechemos ese “Post Scriptum” para apreciar el ejemplo de “seriedad, de probidad y de veracidad” que nos ofrece aquel adusto Mentor de nuestro “desenfado criollo”, al resumir la polémica sostenida por él con figuras próceres de la crítica europea, en uno de esos problemas concretos “où l'on s'expose à donner toute sa mesure” (1).

Resulta evidente, para comenzar, que de ser exacta la afirmación del señor Groussac: “años hace que tengo en mi poder los materiales que demuestran. . . la ninguna relación entre mi “héroe” y el inventado por mis adversarios, — lo que por otra parte, así lo había notado ya Foulché-Delbosc en su “Revue Hispanique”, el lugar adecuado para tal revelación habría sido cualquiera de las páginas del mismo libro en que se reproducen aquellas conferencias sobre “Cervantes y el Quijote” y en las que se elude tan empeñosamente cualquier alusión a la hipótesis del “Enigme Littéraire”. Aun en nota, en esas notas con las cuales Groussac atrinchera sus páginas y que suelen ser verdaderos “nidos” de ametralladoras, tal hallazgo habría tenido lógica ubicación y habría reemplazado con ventaja a cantidad de acusaciones vagas contra “el que lo sabía todo”.

Ni al afirmar su posición de “abogado del diablo” frente a “Cervantes y al Quijote”, ni al intentar a la personalidad

(1) *Une Enigme Littéraire*, p. 150.

y a la memoria de Menéndez y Pelayo, un proceso de revisión, ha pensado Groussac en mencionar “los materiales” que habrían tornado tan gallarda su actitud e infamado tan seguramente la memoria “del que lo sabía todo”, convertido así en “inventor”, para sus fines utilitarios de polemista, de un “cuasi homónimo” del Juan Marti de Groussac y lo bastante ignorante o lo bastante falaz como para confundir, en esa época literaria que él conocía como nadie, a dos sujetos distintos.

Lo repetimos, las páginas del “Post Scriptum” mencionado van en el mismo libro que contiene aquellas disertaciones públicas, ayunas del hallazgo que tan directamente les concernía. Quedan, pues, únicamente en pie las siguientes suposiciones: o Groussac ignoraba al editar aquellas conferencias lo que sabía poco menos que simultáneamente, “hacía años”, según el “Post Scriptum”, o bien, irritado por la mención que hace Rojas de la tesis sobre Marti, herida que en Groussac no llegó nunca a cicatrizar, — puesto en la pendiente de aquella rehabilitación del “Enigme Littéraire” intentada a lo largo de ambas conferencias —, supone cierto lo que desea y pretende poseer lo que le falta.

De existir tales pruebas, ¿qué inconveniente podría haber en publicarlas de inmediato y terminar con “la risotada que no dejará de retumbar todavía algún tiempo para satisfacción de los envidiosos y consuelo de los impotentes”?

No a fuer de tales, sino para estimar en su valor el ejemplo de “seriedad, de probidad y de verdad” que, en el orden intelectual, muy naturalmente, el señor Groussac ha representado entre nosotros, tenemos el deber de preguntarnos: ¿qué ha sido de los “materiales” poseídos “hace tiempo” y cuya publicación se anunciaba?

El autor de la promesa o amenaza transcripta, murió cinco años después de redactarla y sin haberla cumplido.

Pero las pruebas “materiales” tienen la ventaja de no volatilizarse por sí mismas ni de entrar fácilmente en combustión espontánea.

¿Por qué no se ha vuelto a tener de ellas la menor noticia?

De no haber el señor Groussac vivido entre esos criollos para cuya dejadez se ha mostrado tan implacable, sin dejar de aprovechar lo que ese mismo abandono tenía de hospita-

lario y de olvidadizo para las fallas intelectuales ajenas, jamás se hubiera atrevido a polemizar, como lo hace en ese "Post Scriptum", a base de documentos cuya exhibición se deja librada al propio arbitrio, hasta que la muerte fije la tal publicación para las inalcanzables calendas griegas.

Se atribuye al general Trochu, defensor del París sitiado por los alemanes, un plan de protección tan perfecto que prefirió guardarlo cuidadosamente sellado a comprometer la eficacia del mismo ensayando su aplicación.

No es de creer que el prestigio así ganado por el militar compatriota haya seducido al polemista francés, y por lo tanto sólo resta pensar que dichos "materiales" eran de los que pierden toda su eficacia no bien se verifica su consistencia.

Lo más deferente que en esta conyuntura puede afirmarse del "Post Scriptum", es lo que, ciento quince páginas más lejos, se dice de un conato de réplica de don Ricardo Palma: "no contiene el menor principio de prueba".

Hay en el mismo escrito, aseveraciones que se prestan a la verificación.

Nos referimos, en primer término, al ovillo erudito y enredado que se hace allí de las opiniones vertidas sobre la hipótesis Marti por Foulché-Delbosc, Fitzmaurice y el mismo Morel-Fatio que "no la consideraban concluyente", a pesar de lo cual la tenían por "la única que no chocaba con la verosimilitud".

No hay orden, concierto ni buena fe presumible al presentar en haz opiniones y escritos tan distintos como los de Foulché-Delbosc, Fitzmaurice y Morel-Fatio. Para hacer tal cosa hay que acordar un crédito ilimitado "a la dejadez criolla". El único, absolutamente el único que ha dicho momentánea y fragmentariamente tal cosa ha sido Foulché-Delbosc, cuya predisposición favorable a Groussac señala ⁽¹⁾ Menéndez y Pelayo.

Y no sé hasta que punto puede aducirse el parecer truncado de Foulché, cuando lo preceden y siguen opiniones como las que transcribimos: "En d'autres termes l'identification d'Avellaneda avec Marti découlerait d'une quinzaine de faits ou

(1) Introducción al *Quijote* de AVELLANEDA, p. L.

de situaciones étroitement analogues chez deux personnages que l'on considèrerait hier encore comme distincts. Hélas j'ai eu beau chercher ces divers points, me livrer aux rapprochements indiqués et en chercher d'autres, je n'ai su trouver nulle part l'ombre d'une certitude, ou même le simple indice d'une probabilité. Si l'on s'en tient aux "faits établis", il n'y en pas un seul vraiment digne de cette épithète... Il faut bien reconnaître que nous n'avons encore ni un commencement de preuve, ni même un commencement de présomption" (1).

No es posible dudar de que restricciones tan severas amenguan hasta desvirtuarla, la aprobación apenas cortés de Foulché-Delbosc.

En cambio, solidarizar con este parecer a Fitzmaurice-Kelly y a Morel-Fatio, equivale a desnaturalizar los hechos más incontrovertibles.

La presunta opinión de Fitzmaurice es la ya reproducida, y en la cual de la asendereada conjetura se dice textualmente: "Miras más ingeniosas, aunque no más convincentes, ha traído hace poco a esta discusión, infructuosa hasta la fecha, el Sr. Paul Groussac en un volumen titulado "Une Enigme Littéraire. Le Don Quichotte d'Avellaneda". (2)

¿Cómo puede Groussac transformar la opinión del "cauto" Fitzmaurice, según la cual "las miras" o hipótesis expuestas en "Une Enigme Littéraire", pese al "mayor ingenio" del autor, no resultaban "más convincentes" que cualquiera de las anteriores (todas "déraisonnables", para Foulché (3), y ridículas, según Groussac), en la declaración terminante de que la tal "conjetura... es la única que no choca con la verisimilitud?"

Y menos aún se aviene con tal interpretación Morel-Fatio, quien, en ausencia de las pruebas documentales que nadie había aportado todavía, repudia la tesis de Groussac, en nombre de un criterio que pudiéramos llamar de "verisimili-

(1) *Revue Hispanique*, 1903, ps. 311 a 312.

(2) FITZMAURICE-KELLY, *Miguel de Cervantes Saavedra*, p. 215 (citamos la única obra del profesor inglés, en que constan las "apreciaciones benévolas" agradecidas por GROUSSAC en *Crítica Literaria*, p. 5.

(3) *Revue Hispanique*, 1903.

¡ud lingüista”: el de si se avienen o no los estilos del “Guzmán” de Martí y el del “Quijote” firmado por Avellaneda. con la identificación que se hace de ambos escritores en “Une Enigme Littéraire”.

No deja de ser curioso que publicista tan implacable con los “tropezones editoriales” ajenos aduzca pareceres sin indicar con precisión las obras que debieran contenerlos. Singular indeterminación, en el erudito ex-director de nuestra biblioteca, y que sólo permite suponer que aquellas referencias corresponden a las publicaciones de aquellos hispanistas consagradas al tema; pero en las cuales resulta difícil hallar algo que concuerde con la interpretación propuesta ⁽¹⁾.

En cuanto a la declaración de que el “dicho Menéndez y Pelayo (era) autor de otra conjetura mucho más absurda que todas las emitidas hasta la fecha”, dejémosla correr por cuenta y riesgo de la calificada por D. Marcelino como “caritativa intención” del Sr. Groussac.

¿Puede comprenderse la irritación revelada en tantos pasajes de este “Post Scriptum” contra quien, por haber aludido a la hipótesis Martí, fuera cual fuese la inspiración a la cual obedeció, va a permitirle a Groussac hablar “por primera vez” a sus lectores del infundio de sus adversarios y de los “materiales” con que se apresta a confundirlos?

¿Lo que hay en el escrito de enconado hacia las personas y de esquivo respecto de las pruebas, no trasluce más bien la actitud con que en casa de ahorcados se oye mentar a la sogá?

Para tornar aún más sospechosa la sinceridad del “Post Scriptum”, se hacen valer en él, potencialmente y para injuriar a quienes no crean en ellos, a documentos inéditos, y totalmente desconocidos en el momento (1924), antes de la fecha y luego, hasta nuestros días; de los cuales no se publica el menor fragmento, de cuyo origen, destino o consistencia no se sabe más que una cosa: que satisfacen plenamente a aquel a quien dan razón, que es también el más interesado en creerlos.

¿No ha pensado aquella vez el más adusto censor de nuestra “dejadez criolla”, en el ejemplo “de seriedad, de probidad y de verdad” que nos legaba?

(1) Véase, en cambio, la precisión con que cita al “Diccionario de voces chilenas”, en que Lenz le da razón, *Crítica Literaria*, p. 39, n.

Abandonemos el ámbito de lo conjetural y veamos lo que vale en realidad otra afirmación de aquel "Post Scriptum".

Nos referimos a la que vincula el nombre de Foulché-Delbosc al proceso de revisión allí intentado por Groussac.

Hela aquí: "años hace que tengo en mi poder los materiales que demuestran, no diré la verdad de mi tesis (simple hipótesis que no era por cierto el objeto principal de mi trabajo) pero sí la ninguna relación existente entre mi "héroe" y el inventado por mis adversarios, *lo que por otra parte así lo había notado ya Foulché-Delbosc en su "Revue Hispanique"*. (1)

No se trata ya de saber si tuvieron o no existencia real los "materiales" tan arrogantemente anunciados y nunca después autenticados, ni siquiera exhibidos.

Se trata de buscar en la "Revue Hispanique", publicación erudita e interesante, la indicación de su director, Foulché, Delbosc, sobre "la ninguna relación entre el héroe" propiciado por Groussac como autor del "Quijote" apócrifo, Juan Martí, y el presunto cuasi homónimo "inventado" por Menéndez y Pelayo.

Como la referencia a la opinión de Foulché no aparece convenientemente puntualizada, con las indicaciones de año y de página que corresponderían, hay que echarse a buscarla por la propia cuenta. Veamos, antes de comenzar la tarea, cuáles son los elementos que nos permitirán realizar la investigación con alguna esperanza de éxito.

Lógicamente habría que reconocer el artículo de Foulché Delbosc por los siguientes caracteres: a) publicación de la "Revue Hispanique"; b) demostración o indicación por parte del autor de "la ninguna relación existente entre (el) héroe" de Groussac y "el inventado por (sus) adversarios".

Sólo así, en efecto, de no haber "ninguna relación" entre esos dos "héroes", tendrá el sostenedor del primero de aquéllos derecho relativo a presentar el otro como "inventado" por sus adversarios.

No hay tal. Trátase de una nueva ambigüedad con la que intenta Groussac salvar lo que hubo en la polémica de molesto para su amor propio.

(1) GROUSSAC, *Crítica Literaria*, p. 278.

Al aducir, anteriormente, presuntas opiniones de Foulché, Fitzmaurice y Morel-Fatio favorables a la "verisimilitud" de su tesis sobre Avellaneda, omitió siempre advertir con claridad que aquel apoyo, cuando de veras existió, se produjo con anterioridad a la refutación documental de Menéndez y Pelayo, pues no cabe la menor duda de que los nuevos documentos así llevados al debate por D. Marcelino modificaban el balance de "verisimilitud" que de la conjetura podía hacerse.

Veamos el sentido cabal del estudio de Foulché, al que atribuye Groussac significado tan favorecedor para su hipótesis y demostrativo de "la ninguna relación existente entre (su) héroe y el inventado por (sus) adversarios".

Con esos caracteres textuales o virtuales, no hay ninguno. Pero no es imposible hallar al que, dada su disposición espiritual en la polémica, le conviene presentar de tal modo.

Después de una larga excursión por la "Revue Hispanique" y a través de docenas de volúmenes, se llega a una "Bibliografía de Mateo Alemán", que ocupa las páginas 481 a 556, del tomo XLII, correspondiente al primer cuatrimestre de 1918.

La refutación, de haberla, hubiera tenido cabida más normal en los años de 1905 y a raíz de la publicación por Menéndez y Pelayo de los documentos en que se "inventaba", contra Groussac, a un "cuasi homónimo" del héroe de "Une Enigme Littéraire". Poco importa; bienvenida la tal refutación, aunque sólo sea por el trabajo que ha supuesto el dar con ella, y siempre que contenga todo lo que se le atribuía.

En el número 20 de esa bibliografía, págs. 504 a 512, se hace un estudio valioso de la "Segunda parte de la vida del Pícaro Guzmán de Alfarache compuesta por Matheo Luxan de Sayavedra". Trátase de uno de esos ensayos de revaloración hipercrítica, que impulsan a la investigación verificadora, pero que, por sí mismos, no carecen de semejanza con los resultados con que abruma Musset al Kantismo:

“Enfin sort des brouillards un rhéteur allemand
Qui du philosophisme achevant la ruine,
Déclare le ciel vide, et conclut au néant”.

El director de la “Revue Hispanique” demuestra cumplidamente: 1º) que sólo en 1827, “en el tomo I (pp. 198-199) de su “Biblioteca Valenciana”, Justo Pastor Fuster identificó, por su cuenta y riesgo a Juan Martí, “valenciano: sugeto desconocido, pero de gran talento y fecundidad”, con el Mateo Luxán de Sayavedra, que 225 años atrás se había anticipado a Mateo Alemán en dar una segunda parte al “Guzmán de Alfarache” (1); 2º) “L’écrivain qui signa Matheo Luxan de Sayavedra se nommait-il Juan Marti? — añade Foulché — Nous n’en savons rien, et si l’on relit sans préventions ce qu’en disent Mateo Aleman et deux de ses amis, on reconnaîtra qu’ils n’étaient pas plus avancés que nous... mais qu’il faille voir dans Juan Martí le nom véritable de Mateo Luxan de Sayavedra, c’est ce qu’il est purement arbitraire d’admettre, tant que des documents ne l’aurent pas démontré” (2); 3º) y citaremos con gusto, “in extenso”, el pasaje aludido tan indecisamente por Groussac, según el cual Menéndez y Pelayo no habría establecido que Juan Martí fuese el Micer Juan José Martí de los documentos publicados en 1905.

Refuerza Foulché la posición adoptada quince años antes contra el mismo Groussac, al escribir: “Je crains que la courte biographie que trace M. Groussac (174) de l’auteur du “Guzman” no soit sujette à une cruelle revision: “Il était né à Valence et se nommait en réalité Juan Marti”. Dût mon scepticisme affliger les ennemis de l’anonymat, j’oserais dire que ces deux affirmations ne me semblent pas définitivement établies”. (3)

Decimos que al renovarlas ahora, “refuerza” esas afirmaciones y no que las “repite”, porque, en efecto, en 1918 al historiar cómo se construyó la atribución de Juan Martí de la segunda parte del “Guzmán”, demuestra que “Nous n’en savons rien”.

(1) *Revue Hispanique*, t. XLII, p. 507.

(2) *Idem*, p. 510.

(3) *Revue Hispanique*, 1903, p. 306.

Y si “no sabían nada” al respecto en 1918, se imagina lo qué podía saber a ciencia cierta sobre el tema el autor de “Une Enigme Littéraire”, quince años antes.

En consecuencia, sobre la piedra angular de la hipótesis formulada por Groussac en 1903, sobre la identificación entre Juan Martí y Mateo Luxan de Sayavedra, el artículo de Foulché tan penosamente encontrado “conclut au néant”.

También, es cierto, llega a iguales conclusiones respecto a la intervención de Menéndez y Pelayo en 1905.

Las reproducimos textualmente: “Plus tard on a affirmé que ce Juan Martí était Micer Juan José Martí qui, sous le nom “Atrevimiento”, fut un des membres de l’Academia de los Nocturnos. Des documents, découverts par Don Francisco Martí Grajales et publiés par D. José Enrique Serrano y Morales, ont permis d’établir que Micer Juan José Martí, natural de Orihuela, graduado de Bachiller en Sagrados Cánones en 3 de julio de 1591, y de licenciado y Doctor en 13 de octubre de 1598, desempeñó el cargo de Examinador de aquella Facultad desde el 27 de octubre de aquel mismo año, hasta los últimos días de diciembre de 1604, en que falleció”. Menéndez y Pelayo à qui j’emprunte ce résumé, ajoute: “Que este Micer Juan José Martí sea el mismo juriconsulto Juan Martí, a quien se atribuye la continuación de “Guzmán de Alfarache”, no puede dudarse, tanto por no haber entonces otro legista del mismo nombre y apellido, cuanto por haber firmado con sus dos nombres de pila (Micer Juan José Martí) las composiciones que presentó en la Academia de los Nocturnos”. (1)

Identificación a la cual Foulché opone los siguientes reparos: “Que Micer Juan José Martí ait été avocat, juriconsulte ou légiste, il importe peu: ce qu’il faudrait établir, c’est que si le continuateur du “Guzman” se nommait Juan Martí, ce Juan Martí et Micer Juan José Martí ne font qu’un. De cette identité il n’y a jusqu’à présent ni preuve, ni commencement de preuve, ni probabilité, ni présomption. Il a été démontré que Micer Juan José Martí était né à Orihuela, et qu’il était mort à Valence après avoir fait partie de l’Academia de los Noc-

(1) *Revue Hispanique*, t. XLII, p. 509.

turnos; mais on peut avoir fait partie de cette Académie et même avoir laissé quelques vers d'une lamentable médiocrité sans avoir pour cela écrit la continuation du "Guzman".

"Menéndez y Pelayo dit qu'il n'avait pas alors d'autre légiste "del mismo nombre y apellido": partant, on ne saurait douter de l'identification. C'est croyons-nous, *s'avancer beaucoup que d'affirmer qu'il n'y avait pas alors un autre légiste qui se serait nommé Juan Martí*. Que l'on n'en connaisse pas actuellement, soit; de là à affirmer qu'il n'y en avait pas, il y a loin". (1)

Como se ve Foulché-Delbosc "conclut au néant".

Según él, está todavía por "demostrar" que el continuador del "Guzmán" se llamaba Juan Martí (cosa de la cual Groussac no ha dudado nunca y que sirve de punto de partida a toda su vidriosa escalera de hipótesis); está, asimismo, aún por demostrar (y la tarea incumbiría a Menéndez y Pelayo o a sus continuadores), que Micer Juan José Martí ha escrito la continuación del "Guzmán" y que no había entonces otro legista "del mismo nombre y apellido".

Groussac no tenía ningún derecho a hablar de Micer Juan José Martí como de un héroe "inventado por sus adversarios".

De admitirse la existencia de los dos "cuasi-homónimos" por aquellos tiempos, el único héroe no inventado, de existencia real y no simplemente posible, es el Micer Juan José Martí, cuya cuna, promociones académicas, aficiones literarias, fecha y lugar de la muerte, conocemos puntual y documentalmente.

El que parece "inventado", primero por Justo Pastor Fuster, luego por Aribau, Ticknor y sobre todo por Groussac, que ha sido el que con mayor extensión se ocupó de él, es el otro Juan Martí, sobre el cual no había sino alegaciones arbitrarias o suposiciones novelescas, por las que se le identificaba con lo aseverado por Mateo Alemán de uno de sus personajes.

Para que este segundo "héroe", que es el de "Une Enigme Littéraire", deje de ser inventado, tiene que identificarse con el producido por Menéndez y Pelayo.

(1) *Revue Hispanique*, t. XLII, ps. 509 a 510.

La razón es clarísima. Foulché-Delbosc, para el cual "il faudrait encore établir... que... le continuateur du "Guzman" se nommait Juan Martí", para el cual dicha atribución ha sido siempre dudosa, puede también poner en tela de juicio que "ce Juan Martí et Micer Juan José Martí ne font qu'un".

Pero la situación de Groussac es muy otra. No tan sólo ha admitido que fué Juan Martí el continuador del "Guzmán", sino que casi todo, absolutamente casi todo lo que supone de "su héroe" se aviene con la personalidad documentada de Micer Juan José Martí, excepto el lugar del nacimiento y el momento de la muerte.

Groussac designa a su héroe con el nombre y apellido con que le cita Fuster, para el cual es "sugeto desconocido", ¿qué habría de extraño en que documentos oficiales le conociesen, como ocurriría con cualquiera de nosotros, más apelativos de los que vulgarmente sirven para mencionarnos?

El autor de "Une Enigme Littéraire" añade: "Il dut y prendre quelque grade, puisqu'il exerça plus tard la profession de "letrado"... il se trouvait à Valence ⁽¹⁾, etc."

Esto, y además, las aficiones literarias de su héroe, ¿no se avienen con lo que se sabe del "Micer Juan José Martí de sus adversarios?"

A decir verdad, la única posibilidad de existencia real que cabe al "héroe" de Groussac, construido a base de afirmaciones sin prueba, como la de Fuster, y de inducciones que identifican lo que en las novelas se dice con lo que puede haberles ocurrido a sus autores, o a posibles personajes retratados en las mismas, la única posibilidad de existencia real, lo repetimos, que pueda caber al "héroe" de Groussac, consiste en identificarse con el aducido "por sus adversarios".

Llamarle "inventado" a Micer Juan José Martí, como se lo hace en el "Post Scriptum", es falsear la evidencia. Puestos en la búsqueda de huellas del Juan Martí, "héroe" de Groussac, eruditos de competencia y buena fe incuestionables, no han hallado, donde mejor podía encontrárselos, otros docu-

(1) *Une Enigme Littéraire*, p. 174 y sigts.

mentos que los que invalidan la tesis de "Une Enigme Littéraire".

Mientras no aparezcan constancias contrarias a las aducidas por Menéndez y Pelayo, la última palabra fidedigna sobre la polémica habrá sido dicha por él.

Sorprende la fruslería opuesta, trece años después de publicadas las pruebas, a la argumentación deducida de las mismas por D. Marcelino.

Es "arriesgarse mucho", el "afirmar que no había entonces más que un letrado cuyo nombre fuese el de Juan Martí. Todo lo que se puede decir es que actualmente no se conoce otro, sea; pero de allí a afirmar que no le hubo, hay una gran distancia".

Sea, cambiemos una expresión y el reparo desaparece: "no se tiene noticia de que hubiera por entonces otro legista del mismo nombre y apellido".

¿Acaso en historia literaria, como en las mismas ciencias, no se sobreentiende referirse siempre a lo que, dentro de los datos conocidos hasta el momento, se puede afirmar?

¿No confirma el mismo orden humano de conocimientos la aseveración de D. Marcelino, con la falta de constancia, hasta la fecha, de que hubiese por entonces otro legista del mismo nombre y apellido que Micer Juan José Martí?

¿Es posible dudar de que, si hubiera existido la comprobación documental de un Juan Martí, "cuasi homónimo" del Micer Juan José Martí sacado a la luz por Menéndez y Pelayo, Foulché-Delbosc y Groussac se habrían apresurado a publicar los "materiales" infructuosamente buscados por ellos, sin duda alguna ⁽¹⁾, y en los que se establecería tal existencia?

Aunque indirectamente favorable a la situación en que dejó a Groussac la réplica de D. Marcelino, la intervención tardía de Foulché-Delbosc no acrecienta la vitalidad de la tesis de

(1) Cuando se lee esa *Bibliografía de Mateo Alemán*, se advierte que Foulché ha manejado y removido todo lo referente al tema. ¿Cómo dudar de que, a esa discusión de voquibles hubiera preferido el erudito francés cualquier documento que mostrara la falsedad de lo aseverado por Menéndez y Pelayo? En cuanto a Groussac, ¿a qué otros "materiales" podía referirse en su *Post Scriptum*? Y, si no creemos que los encontrara, lo menos que se le puede conceder es que los haya buscado empeñosamente.

'Une Enigme Littéraire', ni responde cabalmente a lo que leía en la presunta "nota" el autor del "Post Scriptum".

No señala Foulché la "ninguna relación existente entre el héroe de Groussac y el inventado por los adversarios de éste", porque difiere del mismo Groussac en varios puntos esenciales: 1º) en no estar seguro sea Juan Martí el continuador del "Guzmán de Alfarache"; 2º) en no considerar a Micer Juan José Martí como a un héroe "inventado", sino como al más real de los posibles letrados de ese nombre y apellido; 3º) en lo de pensar, respecto a la tesis o hipótesis de su amigo y colaborador D. Pablo Groussac, que "mejor era no meneallo", como se lo advierte claramente por el hecho de que en esa bibliografía puntual que no omite un solo dato de importancia respecto a la personalidad de Juan Martí, no se menciona jamás, ni una sola insignificante y pequeñísima vez, ni en el texto ni en las notas, la obra más extensa de que hubiera sido objeto hasta entonces el personaje: "Une Enigme Littéraire".

Lo cual explica una vez más la diferencia entre estas citas indeterminadas, y la exactitud puntual y satisfecha de otras, a las que no falta ni el número de la página, como la que se hace del "Diccionario" de Lenz.

No resultó inútil el esfuerzo de colaboración tardío, indirecto y mitigado de Foulché-Delbosc.

Ante la alusión de D. Ricardo Rojas, D. Pablo Groussac tan esquivo en tratar el tema cuando las conferencias de 1919, replica briosamente. Por desgracia, no añade la "la posibilidad" apuntada por Foulché más que el amago de publicar "materiales" que nunca vieron la luz y que no suponen ni "un comienzo de prueba".

En cuanto a la suposición de que si Groussac dijo estar en posesión de esos "materiales", fué porque los poseía, equivaldría a incurrir en "la raison de sentiment ou la preuve d'autorité qui en fait les frais" ⁽¹⁾, tan justamente repudiadas por el propio interesado.

Llegamos al final de este prolongado ensayo y debemos explicar los motivos que nos han guiado a escribirlo.

(1) *Une Enigme Littéraire*, p. 2.

No ha sido inspirado por ningún apasionamiento, aunque trasluzca en ocasiones alguna vivacidad de impresión.

Era causada esta última por la curiosa actitud asumida por Groussac en el debate, agravada a partir de la réplica de Menéndez y Pelayo. Actitud a veces hosca y reticente; otras, solapada e insidiosa. ⁽¹⁾

Al estudiar esta controversia, sobre todo, en los tramos finales, diríase que el iniciador de la misma hubiese propendido con todas sus fuerzas a impedir llegara a ventilarse el viejo pleito y se viese a las claras de qué lado estuvo la razón ⁽²⁾.

No, porque en Europa ⁽³⁾ o en el resto de América hubiese duda alguna posible sobre el desenlace de la polémica, sino porque entre nosotros "la dictadura ejercida sobre los talentos y los caracteres" ha sido tal que, en más de un espíritu noble y culto encontraron crédito cordial los arrestos con que el viejo león se replegaba sin querer acusar el zarpazo recibido.

Son precisamente los admiradores de Groussac, de no basar su estimación en un criterio deportivo, los que menos deben lamentar el descalabro sufrido por él frente a Menéndez y Pelayo.

Antes de esa polémica, el que en ella llevó la peor parte "pris. par d'autres choses de (son) métier, plutôt américain" había descuidado las cosas de España. De haber tenido

(1) ¿Puede haber franqueza en una declaración como ésta: "el papel denigrativo que mi apasionado contrincante me atribuía nunca fué el mío, según pronto lo comprobaréis?" (*Crítica Literaria*, p. 2). Presentar a Menéndez y Pelayo como al contrincante "apasionado" de aquella contienda; pretender que los auditores de 1919 juzguen por lo que entonces se les diga de lo que le place retener y retocar de un libro de 1903, he aquí algunas de las argucias de Groussac.

(2) No es posible explicar de otro modo la enmarañada madeja de opiniones inconciliables mencionadas como concordantes; la limitación del plazo arrogado para la publicación de aquellos "materiales", de los que no hemos vuelto a tener la menor noticia; el dicitario para que, los "envidiosos o impotentes", pusieran en duda la existencia de aquellas pruebas jamás exhibidas y en las que había de creer como artículo de fe, etc. Actitudes, en resumen, no menos arbitrarias que las denunciadas en los cervantistas más incautos, sin que éstos, las agravasen con pretensiones intolerantes de "hombre de ciencia" que sólo rinde su acatamiento intelectual a los hechos comprobados.

(3) Véase el magistral estudio de Paul Hazard, "Don Quichotte de Cervantes", p. 55.

otro éxito en su controversia, habría continuado orientado hacia "les choses d'Europe" y no tendríamos quizás ni el "Santiago de Liniers", ni "Mendoza y Garay", ni "Los que pasaban" ⁽¹⁾, en resumen, algunas de las obras de Groussac por las que se siente más justificado respeto.

Como decía Menéndez y Pelayo, "la aventura es curiosa y tiene algo de ejemplar".

De no haber llevado ataque tan violento contra la pacífica grey de los cervantistas, Groussac no habría sido el primero en rodar, víctima en gran parte del propio ímpetu, en cuanto le faltó el punto de apoyo documental que descontaba por seguro.

Iniciada la polémica con mayor cortesía y humildad, poco habría significado el descalabro. Groussac hubiera podido reconocer su error y no dudo de que su actitud habría cobrado un valor de "seriedad, de probidad y de verdad", en completo acuerdo con la declaración de que "se trataba de uno de esos problemas a los que hay que solucionarlos científicamente" y no como intentaban hacerlos "niños inveterados que aceptaban las soluciones para ellos satisfactorias y rechazaban las otras, igualmente valederas, cuando contrariaban sus preferencias".

Ni la falta de acatamiento a la evidencia contraria, ni los argumentos con que reabrió la polémica, años después de muerto su principal contradictor, permiten presentar a don Pablo Groussac como al héroe del debate.

Desde cualquier punto de vista, y sobre todo, desde un ángulo moral, el triunfo correspondió a Menéndez y Pelayo.

¿Qué interés puede habernos movido a historiar esta controversia?

La preocupación por la influencia incesante que la obra de Groussac ejerce en nuestro medio y el deseo de que tal influencia se mantenga por lo que dicha personalidad posee de elevado y de fecundo.

(1) Lo mismo a raíz de la publicación de *Los que pasaban* (1919), que a propósito del estreno de *La divisa punzó* (1923) el autor de este ensayo ha manifestado, en "El Hogar" y "Vida Nuestra", opiniones coincidentes con las aquí expresadas respecto de la personalidad intelectual de D. Pablo Groussac.

No hay contradicción alguna entre la manifestación de ese propósito y la luz que hemos tratado de proyectar sobre lo que había de caduco y de reprehensible en esa personalidad.

Jacinto Benavente es autor irónico de una nueva bienaventuranza: "Bienaventurados nuestros discípulos, porque de ellos serán nuestros defectos".

Los defectos son sin duda lo más pegadizo, lo más fácilmente transmisible de los maestros a los neófitos.

No es el momento de señalar a cuál o a cuáles de los discípulos de Groussac han enriquecido, universal o parcialmente, las dotes de estilo y la perspicacia del maestro, pero es ya posible lamentar lo que se ha contaminado a sus imitadores de la iracundia verbal y de la obcecación dialéctica del modelo.

De ahí el estudio puntual y desinteresado que consagramos a las malandanzas que esas modalidades procuraron al más brillante y espectacular polemista que haya actuado en nuestro país durante los últimos cincuenta años.

Aún dotado de condiciones excepcionales, el escritor de esa índole, sea cual sea su buena suerte termina por comprobar la verdad del viejo adagio según el cual "el que a hierro mata, a hierro muere". Cuando en vez de amor por las causas defendidas, se ha luchado por el prurito orgulloso de evidenciar una supuesta invencibilidad, la derrota se torna inaceptable y se imaginan los peores expedientes para enmascararla.

Con lo cual se corre el riesgo de neutralizar la lección de "seriedad, de probidad y de verdad" patentizada otras veces.

Para concretarnos al ejemplo elegido, ¿de qué sirvió a la solución del problema planteado por la personalidad de Avelleda la polémica tan desconsideradamente iniciada por Groussac?

Absolutamente para nada. Algunos espectadores esencialmente ruines se divirtieron primero con las arremetidas de "Une Enigme Littéraire", otros, a veces los mismos, con el encontronazo documental en que Menéndez y Pelayo desarzonó a su adversario. El problema no dió un solo paso adelante.

Peor aún, el rencor por las injurias cambiadas tornó más difícil, en razón inversa del valor moral de los combatientes, el reconocimiento recíproco de los méritos respectivos.

La cuestión del "Quijote" apócrifo está hoy donde estaba antes de publicarse "Une Enigme Littéraire".

Y en compensación de tanta prosa inexpresiva, permítasenos resumir el tema con versos de Darío:

“Pasó una piedra que lanzó una honda:
Pasó una flecha que aguzó un violento.
La piedra de la honda fué a la onda,
Y la flecha del odio fuése al viento”.

De prestar alguna atención a estos incidentes literarios, se verá que esos versos no resumen tan sólo a la controversia sobre Avellaneda, sino a la casi totalidad de las polémicas.

Dumas hijo comparaba las opiniones con los clavos, porque cuanto más se machaca sobre ellas, mejor se las arraiga.

Es verdad. Para que las polémicas resultasen eficaces, los que intervienen en ellas deberían ser igualmente inteligentes y nobles, capaces por igual de reconocer la verdad que asiste al contrario. Y entre gentes así no hay polémica, hay a lo sumo conversación, discusión afable entre personas bien educadas de las cuales ninguna levanta el tono ni ofende a la otra. Interlocutores así no abundan y, por lo general, la expresión también es de Benavente, prefieren “contrapensar” a contradecir.

JOSÉ A. ORIA.